

Lea Vd. las

FABULAS

en Verso y Castellano

por

SAMANIEGO



3653
384701



FABULAS

EN VERSO CASTELLANO.

PARA EL USO

DEL REAL SEMINARIO VASCONGADO,

POR

DON FELIX MARIA SAMANIEGO,

del número de la Real Sociedad Vascongada
de los amigos del Pais.



+ 1188653
C. 72384701

Duplex libeli dos est, quod risum movet.

Et quod prudenti vita consilio monet.

Phedr. Fab. Prol. Lib. 1.

PRÓLOGO.

Muchos son los sábios de diferentes siglos y naciones, que han aspirado al renombre de Fabulistas; pero muy pocos los que han hecho esta carrera felizmente. Este conocimiento debiera haberme retraído del árduo empeño de meterme á contar fábulas en verso castellano. Así hubiera sido; pero permítame el público, protestar con sinceridad en mi abono, que en esta empresa no ha tenido parte mi eleccion. Es puramente obra de mi pronta obediencia, debida á una persona en quien respeto, unidas las calidades de Tio, Maestro y Gefe.

En efecto: el Director de la Real Sociedad Vascongada, mirando la educacion como á base en que estriba la felicidad Pública, emplea la mayor parte de su celo patriótico en el cuidado de proporcionar á los jóvenes alumnos del Real Seminario Vascongado cuanto conduce á su instruccion; y siendo (por decirlo así) el primer pasto con que se debe nutrir el espíritu de los niños las máximas morales disfrazadas en el agradable artificio de la Fábula, me destinó á poner una coleccion de ellas en verso castellano, con el objeto de que recibiesen esta enseñanza, ya que no mamándola con la leche, segun deseó Platon, á lo menos antes de llegar á estado de poder entender el latin.

Desde luego di principio á mi obrilla. Apenas pillaban los jóvenes Seminaristas algunos de mis primeros ensayos, cuando los leían y estudiaban á porfia con indecible placer y facilidad; mostrando en esto el deleite que les causa un cuentecillo adornado con la dulzura y armonía poética, y libre para ellos de las espinas de la traduccion, que tan desagradablemente les punzan en los principios de su enseñanza.

Aunque esta primera prueba me asegura en parte de la utilidad de mi empresa, que es la verdadera recomendacion de un escrito, no se contenta con ella mi amor propio. Siguiendo este su ambiciosa condicion, desea que respectivamente logren mis Fábulas igual acogida que en los niños en los mayores, y aun si es posible entre los doctos; pero á la verdad esto no es

tan fácil. Las espinas que dejan de encontrar en ellas los niños, las hallarán los que no lo son, en los repetidos defectos de la obra. Quizá no parecerán estos tan de marca, dando aquí una breve noticia del método que he observado en la ejecucion de mi asunto, y de las razones que he tenido para seguirle.

Después de haber repasado los preceptos de la Fábula, formé mi pequeña librería de Fabulistas, examiné, comparé, y elegí para mis modelos entre todos ellos después de *Esopo* á *Fedro* y *La-Fontayne*: no tardé en hallar mi desengaño. El primero, mas para admirado que para seguido, tuve que abandonarle á los primeros pasos. Si la union de la elegancia y laconismo solo está concedida á este Poeta en este género, ¿cómo podrá aspirar á ella quien escribe en lengua castellana; y palpa los grados que á esta le faltan para igualar á la latina en concision y energía? Este conocimiento, en que me aseguré mas y mas la práctica, me obligó á separarme de las de *Fedro*.

Empecé á aprovecharme del segundo como se deja ver en las Fábulas de la *Cigarra* y la *Hormiga*, el *Cuervo* y el *Zorro*, y alguna otra); pero reconocí que no podía, sin ridiculizarme, trasladar á mis versos aquellas delicadas nuevas gracias y sales, que tan fácil y naturalmente derrama este ingenioso Fabulista en su narracion.

No obstante, en el estudio que hice de este autor, hallé no solamente que la mayor parte de sus argumentos son tomados de *Loquano Esopo* y otros de los antiguos, sino que tuvo reparo en entregarse á seguir su propio carácter tan francamente, que me atrevo á asegurar, que apenas tuvo presente otro precepto en la narracion que la regla general que él mismo asienta en el Prólogo de sus Fábulas en boca de Quintiliano: *por mucho gracejo que se dé á la narracion, nunca será demasiado*.

Con las dificultades que toqué al seguir en la formacion de mi obrita á estos dos Fabulistas, y con el ejemplo que hallé en el último, me resolví á escribir tomando en cerro los argumentos de *Esopo*, entresacando tal cual de algun moderno, y entregándome con libertad á mi genio, no solo en el estilo y gusto de la

narracion, sino aun en el variar rara vez algun tanto ya del argumento, ya de la aplicacion de la moralidad, quitando, añadiendo, ó mudando alguna cosa, que sin tocar al cuerpo principal del Apólogo, contribuya á darle cierto aire de novedad y gracia.

En verdad, que segun mi conciencia, mas de cuatro veces se peca en este método contra los preceptos de la Fábula, pero esta práctica licenciosa es tan corriente entre los Fabulistas, que cualquiera que se ponga á cotejar una misma Fábula en diferentes versiones, la hallará tan trasformada en cada una de ellas, respecto del original, que degenerando por grados de una en otra version, vendrá á parecerle diferente en cada una de ellas. Pues si con todas estas licencias ó pecados contra las leyes de la Fábula ha habido Fabulistas que han hecho su carrera hasta llegar al templo de la inmortalidad; ¿á qué meterme yo en escrúpulos que ellos nunca tuvieron?

Si en algo he empleado casi miniamente mi atencion, ha sido en hacer versos fáciles hasta acomodarlos, segun mi entender, á la comprension de los muchachos. Que alguna vez parezca mi estilo, no solo humilde, sino aun bajo, malo es; ¿mas no sería muchísimo peor, que haciéndolo incomprensible á los niños, ocupasen estos su memoria con inútiles coplas?

A pesar de mi desvelo en esta parte, desconfio conseguir mi fin. Un autor moderno en su tratado de Educacion dice, que en toda la coleccion de *La-Fontaine* no conoce sino cinco ó seis Fábulas en que *brilla con eminencia la sencillez pueril*; y aun haciendo análisis de algunas de ellas, encuentra pasajes desproporcionados á la inteligencia de los niños.

Esta crítica ha sido para mí una leccion. Confesaré sinceramente que no he acertado á aprovecharme de ella, si en mi coleccion no se halla mas de la mitad de Fábulas, que en la claridad y sencillez del estilo no pueda apostárselas á la prosa mas trivial. Este me ha parecido el solo medio de acercarme al lenguaje en que debemos enseñar á los muchachos; pero ¿quién tendrá bastante filosofia para acertar á ponerse en el lugar de estos y medir así los grados á que llega la comprension de un niño?

En cuanto al metro no guardo uniformidad; no es esencial á la Fábula, como no lo es al Epigrama y á la Lira, que admiten infinita variedad de metros. En los Apólogos hay tanta inconexion de uno á otro como en las Liras y Epigramas. Con la variedad de metros he procurado huir de aquel monotonismo que adormece los sentidos, y se opone á la varia armonía, que tanto deleita el ánimo, y aviva la atencion. Los jóvenes que tomen de memoria estos versos, adquirirán con la repetición de ellos alguna facilidad en hacerlos arreglados á las diversas medidas, á que por este medio acostumbren su oído.

Verdad es que se hallará en mis versos gran copia de endecasílabos pareados con la alternativa de pies quebrados, ó de siete sílabas, pero me he acomodado á preferir su frecuente uso al de otros metros, por la ventaja que no tienen los de estancias mas largas, en las cuales por acomodar una sola voz que falte para la clara explicacion de la sentencia, ó queda confuso ó como estrujado el pensamiento, ó demasiadamente holgado y lleno de ripio.

En conclusion: puede perdonárseme bastante por haber sido el primero en la nacion que ha abierto el paso á esta carrera, en que he caminado sin guia, por no haber tenido á bien entrar en ella nuestros célebres Poetas castellanos. Dichoso yo si logro que con la ocasion de corregir mis defectos, dediquen ciertos genios poéticos sus tareas á cultivar este y otros importantes ramos de instruccion y provecho. Mientras así no lo hagan, habremos de contentarnos con leer sus excelentes Eglogas, y sacar de sus dulcísimos versos casi tanta melodía como de la mejor música del *divino Heyden*, aunque tal vez no mayor enseñanza ni utilidad.

LIBRO PRIMERO.

FABULA PRIMERA.

EL ASNO Y EL COCHINO.

*A los caballeros alumnos del Real seminario
patriótico vascongado.*

Oh Jóvenes amables,
Que en vuestros tiernos años
Al templo de Minerva
Dirigís vuestros pasos,
Seguid, seguid la senda
En que marchais guiados
A la luz de las ciencias
Por Profesores sabios.
Aunque el camino sea
Ya difícil, ya largo;
Lo allana y facilita
El tiempo y el trabajo
Rompiendo el duro suelo,
Con la esteva agoviado,
El labrador sus bueyes
Guia con paso tardo;
Mas al fin llega á verse
En medio del verano
De doradas espigas,
Como Céres rodeado.
A mayores tareas,
A mas graves cuidades
Es mayor y mas dulce

El premio y el descanso.
 Tras penosas fatigas
 La labradora mano,
 ¡Con qué gusto recoje
 Los racimos de Baco!
 Ea, jóvenes, ea,
 Seguid, seguid marchando
 Al templo de Minerva
 A recibir el lauro.
 Mas yo sé, Caballeros,
 Que un Joven entre tantos
 Responderá á mis voces:
No puedo, que me canso.
 Descansa enhorabuena:
 ¿Digo yo lo contrario?
 Tan lejos estoy de eso,
 Que en estos versos trato
 De daros un asunto
 Que instruya deleitando,
 Los perros y los lobos,
 Los ratones y gatos,
 Las zorras y las monas,
 Los ciervos y caballos
 Os han de hablar en verso,
 Pero con juicio tanto,
 Que sus máximas sean
 Los consejos mas sanos;
 Deleitáos con ello,
 Y con este descanso
 A las sérias tareas
 Volved mas alentados.
 Ea, Jóvenes, ea,
 Seguid, seguid marchando
 Al templo de Minerva

A recibir el lauro.
 ¡Pero qué! ¿os detiene
 El ócio y el regalo?
 Pues escuchad á Esopo,
 Mis jóvenes amados.

Envidiando la suerte del Cochino:
 Un Asno maldecia su destino:
 Yo, decia, trabajo y como paja,
 El come harina y berza y no trabaja:
 A mí me dan de palos cada dia,
 A él le rascan y alhagan á porfia.
 Así se lamentaba de su suerte;
 Pero luego que advierte
 Que á la pocilga alguna gente avanza
 En guisa de matanza,
 Armada de cuchillo y de caldera,
 Y que con maña fiera
 Dan al gordo Cochino fin sangriento,
 Dijo entre sí el Jumento:
Si en esto para el ócio y los regalos,
Al trabajo me atengo y á los palos.

FABULA II.

LA CIGARRA Y LA HORMIGA.

Cantando la Cigarra
 Pasó el verano entero,
 Sin hacer provisiones
 Allá para el Invierno.
 Los frios la obligaron
 A guardar el silencio,
 Y á acogerse al abrigo

De su estrecho aposento;
Vióse desproveída
Del preciso sustento,
Sin mosca, sin gusano,
Sin trigo, sin centeno.
Habitaba la Hormiga,
Allí tabique en medio,
Y con mil espresiones
De ateneion y respeto,
La dijo: Doña Hormiga,
Pues que en vuestros graneros
Sobran las provisiones
Para vuestro alimento,
Prestad alguna cosa
Con que viva este invierno
Esta triste Cigarra,
Que alegre en otro tiempo,
Nunca conoció el daño,
Nunca supo temerlo.
No dudeis en prestarme,
Que fielmente prometo
Pagaros con ganancias
Por el nombre que tengo.
La codiciosa hormiga
Respondió con denuedo,
Ocultando á la espalda
Las llaves del granero;
¡Yo prestar lo que gano
Con un trabajo inmenso!
Dime, pues, holgazana,
¿Qué has hecho en el buen tiempo?
Yo, dijo la Cigarra,
A todo pasajero
Cantaba alegremente

Sin cesar un momento.
¡Ola! ¿con que cantabas
Cuando yo andaba el remo?
Pues ahora que yo como,
Baila, pese á tu cuerpo.

FABULA III.

EL MUCHACHO Y LA FORTUNA.

A la orilla de un pozo
Sobre la fresca yerba
Un incauto mancebo
Dormia á pierna suelta.
Gritóle la Fortuna;
Insensato, despierta:
¿No ves que ahogarte puedes
A poco que te muevas?
Por tí y otros canallas
A veces me motejan
Los unos de inconstante,
Y los otros de adversa,
Reveses de fortuna
Llamais á las miserias;
¿Por qué, si son reveses
De la conducta necia?

FABULA IV.

LA CODORNIZ.

Presa en estrecho lazo
La Codorniz sencilla,
Daba quejas al aire
Ya tarde arrepentida.
¡Ay de mí, miserable,

Infeliz avecilla,
Que antes cantaba libre
Y ya lloro cautiva!
Perdí mi nido amado,
Perdí en él mis delicias,
Al fin perdílo todo,
Pues que perdí la vida.
¿Por qué desgracia tanta?
¿Por qué tanta desdicha?
Por un grano de trigo,
¡Oh cara golosina!
¡El *apetito ciego*
A cuantos *precipita*,
Que por lograr un *nada*
Un todo sacrifican.

FABULA V.

EL AGUILA Y EL ESCARABAJO.

Que me matan, favor: así clamaba
Una liebre infeliz que se miraba
En las garras de un Aguila sangrienta.
A las voces, según Esopo cuenta,
Acudió un compasivo Escarabajo:
Y viendo á la cuitada en tal trabajo,
Por libertarla de tan cruda muerte,
Lleno de horror exclama de esta suerte:
Oh Reina de las aves escogida,
¿Por qué quitas la vida
A este pobre animal, manso y cobarde?
¿No sería mejor hacer alarde
De devorar á dañadoras fieras;
O ya que resistencia hallar no quieras,

Cebat tus uñas y tu corvo pico
En el frio cadáver de un bórrico?
Cuando el Escarabajo así decia,
La Aguila con desprecio se reia;
Y sin usar de mas atenta frase,
Mata, trinchá, devora, pilla y vase.
El pequeño animal así burlado,
Quiere verse vengado.
En la ocasion primera
Vuela al nido del Aguila altanera:
Halla solo los huevos; y arrastrando
Uno por uno fuélos despeñando.
Mas como nada alcanza
A dejar satisfecha una venganza,
Cuantos huevos ponía en adelante
Se los hizo tortilla en el instante.
La reina de las aves sin consuelo,
Remontando su vuelo,
A Júpiter excelso humilde llega,
Espone su dolor, pídele, ruega
Remedie tanto mal. El Dios propicio,
Por un incomparable beneficio,
En su regazo hizo que pusiese
El Aguila sus huevos, y se fuese;
Que á la vuelta, colmada de consuelos,
Encontraria hermosos sus polluelos.
Supo el Escarabajo el caso todo:
Astuto é ingenioso hace de modo,
Que una bola fabrica diestramente
De la materia en que continuamente
Trabajando se halla,
Cuyo nombre se sabe aunque se calla;
Y que segun yo pienso:
Para los Dioses no es muy buen incienso;

Carga con ella, vuéla, y atrevído
 Pone su bola en el sagrado nido.
 Júpiter que se vió con tal basura,
 Al punto sacudió su vestidura,
 Haciendo al arrojar la albondiguilla
 Con la bola y los huevos su tortilla.
 Del trágico suceso noticiosa,
 Arrepentida el Aguila y llorosa,
 Aprendió esta leccion á mucho precio.
A nadie se le trate con desprecio,
Como al Escarabajo;
Porque al mas miserable vil y bajo,
Para tomar venganza si se irrita,
¿Le fallará siquiera una bolita?

FABULA VI.

EL LEON VENCIDO POR EL HOMBRE.

Cierto artífice pintó
 Una lucha, en que valiente
 Un hombre tan solamente
 A un horrible Leon venció.
 Otro Leon que el cuadro vió,
 Sin preguntar por su autor,
 En tono despreciador
 Dijo: bien se deja ver
 Que es pintar como querer;
 Y no fué Leon el pintor.

FABULA VII.

LA ZORRA Y EL BUSTO.

Dijo la Zorra al Busto,

Despues de*olerlo,
 Tu cabeza es hermosa,
 Pero sin seso.
Como este hay muchos,
Que aunque parecen hombres,
Solo son Bustos.

FABULA VIII.

EL RATON DE LA CORTE Y EL DEL CAMPO.

Un raton cortesano
 Convidó con un modo muy urbano
 A un Raton campesino.
 Dióle gordo tocino,
 Queso fresco de Holanda;
 Y una despensa llena de vianda.
 Era su alojamiento;
 Pues no pudiera haber un aposento
 Tan magníficamente preparado.
 Aunque fuese en *Ratópolis* buscado
 Con el mayor esmero,
 Para alojar á *Roepan primero*.
 Sus sentidos allí se recreaban:
 Las paredes y techos adornaban,
 Entre mil ratonescas golosinas,
 Salchichones, perniles y cecinas.
 Saltaban de placer, oh que embeleso!
 De pernil en pernil, de queso en queso.
 En esta situacion tan lisonjera
 Llega la dispensera,
 Oyen el ruido, corren, se agazapan.
 Pierden el tino; mas, al fin se escapan
 Atropelladamente

Por cierto pasadizo abierto á diente.
 ¡Eso tenemos! dijo el campesino,
 Reniego yo del queso, del tocino,
 Y de quien busca gustos
 Entre los sobresaltos y los sustos.
 Volvióse á su campaña en el instante,
 Y estimó mucho mas de allí adelante.
 Sin zozobra, temor ni pesadumbres,
 Su casita de tierra y sus legumbres.

FABULA IX.

EL HERRERO Y EL PERRO.

Un herrero tenia
 Un perro, que no hacia
 Sino comer, dormir y estarse echado;
 De la casa jamás tuvo cuidado;
 Levantábase solo á mesa puesta:
 Entonces con gran fiesta
 Al dueño se acercaba,
 Con perrunas caricias lo alhagaba,
 Mostrando de cariños mil escesos.
 Por pillar las piltrafas y los huesos.
 He llegado á notar, le dijo el amo,
 Que aunque nunca te llamo,
 A la mesa te llegas prontamente;
 En la fragua jamás te ví presente:
 Y yo me maravillo
 De que no despertándote el martillo,
 Te desveles al ruido de mis dientes.
 Anda, anda, poltron; no es bien que cuentes
 Que el amo, hecho un gañan y sin reposo,
 Te mantiene á lo conde muy ocioso.

El Perro le responde:
 ¿Qué mas tiene que yo cualquiera conde?
 Para no trabajar debo al destino
 Haber nacido Perro, y no Pollino.
 Pues seor conde, fuera de mi casa,
 Verás en las demás lo que te pasa.
 En efecto salió á probar fortuna,
 Y las casas anduvo de una en una:
 Allí le hacen servir de centinela,
 Y que pase la noche toda en vela;
 Acá de lazarillo y de danzante,
 Allá dentro de un torno á cada instante
 Asa la carne que comer no espera,
 Al cabo conoció de esta manera,
 Que el destino, y no es cuento,
 A todos nos cargó como al Jumento.

FABULA X.

LA ZORRA Y LA CIGÜEÑA.

Una Zorra se empeña
 En dar una comida á la Cigüeña.
 La convidó con tales espresiones
 Que anunciaban sin duda provisiones
 De lo mas excelente y esquisito.
 Acepta alégre, va con apetito;
 Pero encontró en la mesa solamente
 Gigote claro sobre chata fuente.
 En vano á la comida picoteaba,
 Pues era para el guiso que miraba
 Inútil tenedor su largo pico.
 La Zorra con la lengua y el hocico
 Limpió tambien su fuente, que pudiera

Servir de fregatriz si á Holanda fuera.
 Ma de allí á poco tiempo convidada
 De la Cigüña, halla preparada
 Una redoma de gigote llena:
 Allí fué su aflecion, allí su pena.
 El hocico goloso al punto asoma
 Al cuello de la hidrópica redoma;
 Mas en vano, pues era tan estrecho,
 Cual si por la Cigüña fuese hecho.
 Envidiosa de ver que á conveniencia
 Chupaba la del pico á su presencia,
 Vuelve, tiente, discurre,
 Huele, se desatina; en fin, se aburre.
 Marchó rabo entre piernas tan corrida,
 Que ni aun tuvo siquiera la salida
 De decir: *están verdes como antaño.*
Tambien hay para picaros engaño.

FABULA XI.

LAS MOSCAS.

A un panal de rica miel
 Dos mil moscas acudieron
 Que por golosas murieron
 Presas de patas en él.
 Otras dentro de un pastel
 Enterró su golosina.
Así, si bien se examina,
Los humanos corazones
Perecen en las prisiones
Del vicio que les domina.

FABULA XII.

EL LEOPARDO Y LAS MONAS.

No á pares, á docenas encontraba,
 Las Monas en Tetuan cuando cazaba
 Un Leopardo: apenas lo veían,
 A los árboles todas se subían,
 Quedando del contrario tan seguras,
 Que pudiera decir; no están maduras.
 El cazador astuto se hace el muerto
 Tan vivamente, que parece cierto.
 Hasta las viejas monas,
 Alegres en el caso y juguetonas,
 Empiezan á saltar: la mas osada
 Baja, arrímase al muerto de callada:
 Mira, huele, y aun tienta,
 Y grita muy contenta:
 Llegad, que muerto está de todo punto,
 Tanto que empieza á oler al tal difunto,
 Baján todas con bulla y algazara:
 Ya le tocan la cara,
 Ya le saltan encima,
 Aquella se le arrima,
 Y haciendo mimos á su lado queda;
 Otra se finge muerta y lo remeda:
 Mas luego que las siente fatigadas
 De correr, de saltar y hacer monadas,
 Levántase lijero;
 Y mas que nunca fiero,
 Pilla, mata, devora, de manera
 Que parecia la sangrienta fiera,
 Cubriendo con los muertos la campaña,
 Al Cid matando moros en España.

*Es el peor enemigo el que aparenta
No poder causar daño; porque intenta,
Inspirando confianza,
Asegurar su golpe de venganza.*

FABULA XIII.

EL CIERVO EN LA FUENTE.

Un Ciervo se miraba
En una hermosa cristalina fuente
Placentero admiraba
Los enramados cuernos de su frente:
Pero al ver sus delgadas largas piernas,
Al alto cielo daba quejas tiernas.

¡Oh Dioses! ¿a qué intento
A esta fábrica hermosa de cabeza
Construis su cimiento
Sin guardar proporcion en la belleza?
¡Oh qué pesar! ¡oh qué dolor profundo!
No haber gloria cumplida en este mundo!

Hablando de esta suerte
El Ciervo vió venir á un lebre! fiero:
Por evitar su muerte
Parte al espeso bosque muy lijero;
Pero el cuerno retarda su salida
Con una y otra rama entretejida.

Mas libre del apuro
A duras penas, dijo con espanto;
Si me veo seguro,
Pese á mis cuernos, fué por correr tanto.
Lleve el diablo lo hermoso de mis cuernos,
Haga mis feos pies el cielo eternos.

Así frecuentemente

*El hombre se deslumbra con lo hermoso:
Elige lo aparente
Abrazando tal vez lo mas dañoso;
Pero escarmiente ahora en tal cabeza:
El útil bien, es la mejor belleza.*

FABULA XIV.

EL LEON Y LA ZORRA.

Un Leon, en otro tiempo poderoso,
Ya viejo y achacoso,
En vano perseguia hambriento y fiero
Al mamon Becerrillo y al Cordero,
Que trepando por la áspera montaña,
Huian libremente de su saña.
Afligido del hambre á par de muerte,
Discurrió su remedio de esta suerte:
Hace correr la voz de que se hallaba
Enfermo en su palacio y deseaba
Ser de los animales visitado,
Acudieron algunos de contado;
Mas como el grave mal que lo postraba
Era un hambre voraz, tan solo usaba
La receta esquisita
De engullirse al *Monsiur* de la visita,
Acércase la Zorra de callada,
Y á la puerta asomada.
Atisba muy despacio
La entrada de aquel cóncavo palacio.
El Leon la divisa, y en el momento
La dice: ven acá, pues que me siento
En el último instante de mi vida;
Visitame como otros, mi querida.

¡Como otros? ¡ah señor! he conocido
Que entraron sí, pero que no han salido.
Mirad, mirad la huella,
Bien claro lo dice ella;
Y no es bien entrar do no se sale.
La prudente cautela mucho vale.

FABULA XV.

LA CIERVA Y EL CERVATO.

A una cierva decia
Su tierno cervatillo: madre mia,
¡Es posible que un perro solamente
Al bosque te haga huir cobardemente,
Siendo él mucho menor, menos pujante?
¡Por qué no has de ser tú mas arrogante?
Todo es cierto, hijo mio;
Y cuando así lo pienso, desafío
A mi solas á veinte perros juntos:
Figúrome luchando, y que difuntos
Dejo á los unos, que otros falleciendo,
Pisándose las tripas, van huyendo
En vano de la muerte,
Y á todos venzo de gallarda suerte.
Mas si embebida en este pensamiento
A un perro ladrar sienta,
Escapo mas ligera que un venablo,
Y mi victoria se la lleva el diablo.
A quíen no sea de ánimo esforzado
No armarlo de soldado;
Pues por mas que al mirarse la armadura,
Piense en tiempo de paz que su bravura
Herirá, matará cuanto acometa;

*En oyendo en campaña la trompeta,
Hará lo que la corza de la historia,
Mas que el diablo se lleve la victoria.*

FABULA XVI.

EL LABRADOR Y LA CIGÜEÑA.

Un labrador miraba
Con duelo su sembrado,
Porque gansos y grullas
De su trigo solian hacer pasto:
Armó sin mas tardanza
Diestramente sus lazos,
Y cayeron en ellos
La Cigüeña, las Grullas y los Gansos.
Señor rústico, dijo,
La Cigüeña temblando,
Quíteme las prisiones,
Pues no merezco pena de culpado.
La Diosa Céres sabe,
Que lejos de hacer daño,
Limpio de sabandijas,
De culebras y víboras los campos.
Nada me satisface,
Respondió el hombre airado:
Te halle con delincuentes,
Con ellos morirás entre mis manos.
*La inocente Cigüeña
Tuvo el fin desgraciado
Que pueden prometerse
Los buenos que se juntan con los malos.*

FABULA XVII.
LA SERPIENTE Y LA LIMA

En casa de un cerrajero
Entró la serpiente un día,
Y la insensata mordía
En una lima de acero.

Díjole la lima: el mal,
Necia, será para tí.
¿Cómo has de hacer mella en mí,
Que hago polvos el metal?
*Quien pretende sin razon
Al mas fuerte derribar,
No consigue sino dar
Coces contra el aguijon.*

FABULA XVIII.

EL CALVO Y LA MOSCA.

Picaba impertinente
En la espaciosa calva de un anciano
Una mosca insolente,
Quiso matarla: levantó la mano,
Tiró un cachete, pero fuese salva,
Hiriendo el golpe la redonda calva.
Con risa desmedida
La Mosca prorumpió: Calvo maldito,
Si quitarme la vida
Intentas por un leve delito,
¿A qué pena condenas á tu brazo,
Bárbaro ejecutor de tal porrazo?
Al que obra con malicia,

Lé respondió el Varon prudentemente,
 Rigurosa justicia
 Debe dar el castigo conveniente,
 Y es bien ejercitarse en la clemencia
 En el que peca por inadvertencia.
 Sabe, Mosca villana,
 Que coteja el agravio recibido,
 La condicion humana
 Segun la mano de donde ha venido:
*Que el grado de la ofensa á tanto asciende,
 Cuanto sea mas vil aquel que ofende.*

FABULA XIX.

LOS DOS AMIGOS Y EL OSO.

A dos amigos se aparece un Oso:
 El uno muy medroso,
 En las ramas de un árbol se asegura:
 El otro abandonado á la ventura,
 Se finge muerto repentinamente,
 El Oso se le acerca lentamente;
 Mas como este animal segun se cuenta
 De cadáveres nunca se alimenta,
 Sin ofenderlo lo registra y toca,
 Huélele las narices y la boca;
 No le siente el aliento
 Ni el menor movimiento;
 Y así se fué diciendo sin recelo:
 Este tan muerto está como mi abuelo.
 Entonces el cobarde,
 De su grande amistad haciendo alarde,
 Del árbol se desprende muy ligero,
 Corre, llega, y abraza al compañero:

Pondera la fortuna
De haberle hallado sin lesion alguna;
Y al fin le dice: sepas que he notado
Que el Oso te decia algun recado.
¿Qué pudo ser? diréte lo que ha sido;
Estas dos palabritas al oído;
Aparta tu amistad de la persona,
Que si te vé en el riesgo te abandona.

FABULA XX.

LA AGUILA, LA GATA Y LA JAVALINA.

Una Aguila anidó sobre una encina:
Al pie criaba cierta Javalina;
Y era el hueco de un tronco corpulento
De una gata y sus crias aposento.
Esta gran marrullera.
Sube al nido del Aguila altanera,
Y con fingidas lágrimas la dice:
¡Ay misera de mí! ¡Ay infelice!
Este sí que es trabajo:
La vecina que habita en el cuarto bajo,
Como tú misma vé, el día pasa
Hozando los cimientos de la casa:
La arruinará; y viendo la traidora
Por tierra á nuestros hijos, los devora.
Despues que dejó al Aguila asustada,
A la cueva se baja de callada,
Y dice á la Cerdosa: buena amiga,
Has de saber que la Aguila enemiga,
Cuando saques tus crias hácia el monte,
Las ha de devorar; así disponte,
La Gata aparentando que temia,

Se retiró á su cuarto y no salía
Sino de noche, que con maña astuta
Abastecía su pequeña gruta.
La Javalina con tan triste nueva
No salió de su cueva.
La Aguila en el ramaje temerosa,
Haciendo centinela no reposa.
En fin, á ambas familias la hambre mata,
Y de ellas hizo víveres la Gata.
Jóvenes, ojo alerta, gran cuidado;
Que un chismoso en amigo disfrazado,
Con capa de amistad cubre sus trazas,
Y así causan el mal sus hañagazas.



LIBRO III.

FABULA PRIMERA.

EL LEON CON SU EJERCITO.

A D. Javier María de Munive é Idiazquez, Conde de Peñafloreda, Director perpétuo de la Sociedad Vascongada de los Amigos del País.

Mientras que con espada en mar y tierra
Los ilustres varones
Engrandecen su fama por la guerra
Sojuzgando naciones,
Tú, Conde, con la pluma y el arado
Ya enriqueces la patria, ya la instruyes;
Y haciendo venturosos, has ganado
El bien que buscas, y el laurel que huyes;
Con darte todo al bien de los humanos
No contento tu celo,
Supo unir á los nobles ciudadanos
Para felicidad del patrio suelo.
La Hormiga codiciosa
Trabaja en Sociedad fructuosamente,
Y la abeja oficiosa
Labra siempre ayudada de su gente;
Así unes á los hombres laboriosos,
Para hacer sus trabajos mas fructuosos.
Aquel viaja observando
Por las naciones cultas,
Este con experiencias va mostrando
Las útiles verdades mas ocultas;

Cual cultiva los campos, cual las ciencias
 Y de diversos modos,
 Juntando estudios, viajes, y experiencias
 Resulta el bien en que trabajan todos.
 ¡En qué trabajan todos! ya lo dije,
 Por mas que yo tambien sea contado.
 El sábio presidente que nos rije,
 Tiene aun el mas inútil ocupado.
 Darne, Conde, querias un destino
 Al contemplarme ocioso é ignorante:
 Era difícil; mas al fin su tino
 Encontró un genio en mí versificante.
 A *Fedro* y *La Fontayne* por modelos
 Me pusiste á la vista,
 Y hallaron tus desvelos
 Que pudiera ensayarme á fabulista;
 Y pues viene al intento,
 Pasemos al ensayo, va de cuento.
 El León, rey de los bosques poderoso,
 Quiso armar un ejército famoso;
 Juntó sus animales al instante:
 Empezó por cargar al Elefante
 Un castillo con útiles, y encima
 Rabiosos Lobos que pusiesen grima.
 Al Oso lo encargó de los asaltos:
 Al mono con sus gestos y sus saltos
 Mandó que al enemigo entretuviese:
 A la Zorra que diese
 Ingeniosos ardidés al intento.
 Uno gritó: la Liebre y el Jumento.
 Este por tardo, aquella por medrosa.
 De estorbo servirán no de otra cosa.
 De estorbo? dijo el rey, yo no lo creo:
 En la Liebre tendremos un correo,

Y en el Asno mis tropas un trompeta.
 Así quedó la armada bien completa.
Tu retrato es el Leon, Conde prudente:
Y si á tu imitacion segun deseo,
Examinan los gefes á su gente;
A todos han de dar útil empleo.
¿Por qué no lo han de hacer? ¿habrá cucaña
Cómo no hallar ociosos en España?

FABULA II.

LA LECHERA.

Llevaba en la cabeza
 Una lechera el cántaro al mercado
 Con aquella presteza,
 Aquel aire sencillo, aquel agrado,
 Que vá diciendo á todo el que lo advierte:
 ¡Yo si que estoy contenta con mi suerte!

Porque no apetecía
 Mas compañía que su pensamiento,
 Que alegre la ofrecia
 Inocentes ideas de contento:
 Marchaba sola la feliz Lechera,
 Y decia entre sí de esta manera:
 Esta leche vendida,
 En limpio me dará tanto dinero,
 Y con esta partida
 Un canasto de huevos comprar quiero,
 Para sacar cien pollos, que al Estío
 Me rodeen cantando el pio, pio.

Del importe logrado,
 De tanto pollo, mercaré un Cochino,
 Con bellota, salvado,

Berza, castaña, engordará sin tino,
Tanto, que puede ser que yo consiga
Ver como se le arrastra la barriga.

Llevarélo al mercado,
Sacaré de él sin duda buen dinero:
Compraré de contado
Una robusta Vaca, y un Ternero:
Que salte y corra toda la campaña
Hasta el monte cercano á la cabaña.

Con este pensamiento,
Enagenada brinca de manera,
Que á su salto violento
El cántaro cayó, ¡Pobre lechera!
¡Qué compasion! A dios leche, dinero,
Huevos, pollos, lechon, vaca y ternero.

¡Oh loca fantasía,
Qué palacios fabricas en el viento!
Modera tu alegría,
No sea que saltando de contento,
Al contemplar dichosa tu mudanza,
Quiebre su cantarillo la esperanza.

No seas ambiciosa,
De mejor ó mas próspera fortuna;
Que vivirás ansiosa,
Sin que pueda saciarte cosa alguna.
*No anhelas impaciente el bien futuro,
Mira que ni el presente está seguro.*

FABULA III.

EL ASNO SESUDO.

Cierto Burro pacía,
En la fresca y hermosa pradería,

Con tanta paz como si aquella tierra
 No fuese entonces teatro de la guerra.
 Su dueño que con miedo lo guardaba,
 De centinela en la ribera estaba:
 Divisa al enemigo en la llanura:
 Baja, y al buen Borrico le conjura,
 Que huya precipitado.
 El Asno muy sesudo y reposado
 Empieza á andar á paso perezoso.
 Impaciente su dueño y temeroso
 Con el marcial ruido
 De bélicas trompetas al oído,
 Le exortaba con fervor á la carrera.
 ¡Yo correr! dijo el Asno, bueno fuera,
 Que llegue en hora buena Marte fiero,
 Me rindo, y él me lleva prisionero.
 ¿Servir aquí ó allí no es todo uno?
 ¿Me pondrán dos albardas, no, ninguno?
 Pues nada pierdo, nada me acobarda,
 Siempre seré un esclavo con albarba.
 No estuvo mas en sí, ni mas entero
 Que el buen Pollito Amiclas el barquero.
 Cuando en su humilde choza le despierta,
 César con sus soldados á la puerta,
 Para que á la Calabria los guíase.
 ¿Se podría encontrar quien no temblase
 Entre los poderosos
 De insultos militares horrorosos
 De la guerra enemiga?
 No hay sino la pobreza que consiga
 Esta gran exención: de aquí le viene,
Nada teme perder quien nada tiene.

En la fresa y hermosa pradería,
 Al lado de la fuente,

FABULA IV.

EL ZAGAL Y LAS OVEJAS.

Apacentando un Joven su ganado,
Gritó desde la cima de un collado:
Favor, que viene el Lobo, Labradores,
Estos abandonando sus labores,
Acuden prontamente,
Y hallan que es una chanza solamente.
Vuelve á clamar y temen la desgracia,
Segunda vez los burla: ¡linda gracia!
¿Pero qué sucedió la vez tercera?
Que vino en realidad la hambrienta fiera.
Entonces el Zagal se desgañita;
Y por mas que pateo, llora y grita,
No se mueve la gente escarmentada,
Y el Lobo le devora la manada.
*¡Cuántas veces resulta de un engaño
Contra el engañador el mayor daño!*

FABULA V.

LA AGUILA, LA CORNEJA Y LA TORTUGA.

A una Tortuga vió una Aguila arrebatada,
La ladrona se apura y desbarata,
Por hacerla pedazos,
Ya que no con la garra, á picotazos.
Viéndola una Corneja en tal faena,
La dice: en vano tomas tanta pena:
¿No ves que es la tortuga, cuya casa
Diente, cuerno ni pico la traspasa;
Y si siente que llaman á su puerta,

Se finge la dormida, sorda ó muerta?
 ¿Pues qué he de hacer? Remontarás tu vuelo;
 Y en mirándote allá cerca del cielo,
 La dejarás caer sobre un peñasco;
 Y se hará una tortilla el duro casco.
 La Aguila, porque diestra lo ejecuta,
 Y la Corneja astuta,
 Por autora de aquella maravilla,
 Juntamente comieron la tortilla.
*¿Qué podrá resistirse á un poderoso
 Guiado de un consejo malicioso?
 De estos tales se aparta el que es prudente;
 Y así por escaparse de esta gente,
 Las descendientes de la tal Tortuga,
 A cuevas ignoradas hacen fuga!*

FABULA VI.

EL LOBO Y LA CIGÜEÑA.

Sin duda alguna que se hubiera ahogado
 Un Lobo con un hueso atragantado
 Si á la sazón no pasa una Cigüeña.
 El paciente la vé, hácela seña,
 Llega, y ejecutiva,
 Con su pico, geringa primitiva
 Cual diestro cirujano,
 Hizo la operacion y quedó sano.
 Su salario pedia;
 Pero el ingrato Lobo respondia:
 ¿Tú salario? ¿Pues qué mas recompensa
 Que el no haberte causade leve ofensa,
 Y dejarte vivir para que cuentes,
 Que pusiste tu vida entre mis dientes?

Marchó por evitar una desdicha,
Sin decir *tus ni mus* la susodicha,
Haz bien, dice el proverbio castellano,
Y no sepas á quien; pero es muy llano
Que no tiene razon ni por asomo:
Es menester saber á quién y cómo.
El ejemplo siguiente
Nos hará esta verdad mas evidente.

FABULA VII.

EL HOMBRE Y LA CULEBRA.

A una culebra que de frio yerta
En el suelo yacía medio muerta,
Un Labrador cogió; mas fué tan bueno,
Que incautamente la abrigó en su seno.
Apenas revivió, cuando la ingrata
A su gran bienhechor traidora mata.

FABULA VIII.

EL PÁJARO HERIDO DE UNA FLECHA.

Un Pájaro inocente
Herido de una flecha
Guarnecida de acero,
Y de plumas ligeras,
Decía en su lenguaje
Con amargas querellas:
¡Oh crueles humanos,
Mas crueles que fieras,
Con nuestras propias alas,
Que la naturaleza,

Nos dió sin otras armas
 Para propia defensa,
 Forjais el instrumento
 De la desdicha nuestra,
 Haciendo que inocentes
 Prestemos la materia.
 Pero no, no es extraño
 Que así bárbaros sean
 Aquellos que en su ruina
 Trabajan y no cesan;
 Los unos y otros fraguan
 Armas para la guerra:
 Y es dar contra sus vidas
 Plumas para las flechas.

FABULA IX.

EL PESCADOR Y EL PEZ.

Recoje un pescador su red tendida,
 Y saca un pececillo. Por tu vida,
 Exclamó el inocente prisionero,
 Dame la libertad: solo la quiero,
 Mira que no te engaño,
 Porque ahora soy ruin; dentro de un año
 Sin duda lograrás el gran consuelo
 De pescarme mas grande que mi abuelo.
 ¿Qué! ¿te burlas? ¿te ries de mi llanto?
 Solo por otro tanto
 A un hermanito mio
 Un señor pescador le tiró al rio.
 ¿Por otro tanto al rio? ¿qué mania!
 Replicó el pescador; pues no sabia
 Que el refran castellano

Dice: *mas vale pájaro en la mano...*?
A sarten te condeno, que mi panza
No se llena jamás con la esperanza.

FABULA X.

EL GORRION Y LA LIEBRE.

Un maldito Gorrion así decia,
A una liebre, que una Aguila oprimia:
¿No eres tú tan ligera,
Que si el Perro te sigue en la carrera,
Lo acarician y alaban como al cabo
Acerqué sus narices á tu rabo?
Pues empieza á correr: ¿qué te detiene?
De este modo la insulta cuando viene
El diestro Gavilan, y lo arrebatá.
El preso chilla, el prendedor lo mata:
Y la Liebre exclamó: bien merecido.
¿Quién te mandó insultar al afligido?
¿Y á mas á mas meterte á consejero,
No sabiendo mirar por ti primero?

FABULA XI.

JÚPIPER Y LA TORTUGA.

A las bodas de Júpiter estaban
Todos los animales convidados:
Unos y otros llegaban
A la fiesta nupcial apresurados
No faltaba á tan grande concurrencia
Ni aun la reptil y mas lejana Oruga.
Cuando llega muy tarde y con paciencia

A paso perezoso la Tortuga,
Su tardanza reprende el Dios airado,
Y ella le respondió sencillamente:
Si es mi casita mi retiro amado,
¿Cómo podré dejarla prontamente?
Por tal disculpa Júpiter tonante,
Olvidando el iadulto de las fiestas,
La ley del caracol la echó al instante,
Que es andar con la casa siempre acuestas.
*Gentes machuchas hay que hacen alarde
De que aman su retiro con exceso,
Pero á su obligacion acuden tarde;
Viven como el Raton dentro del queso.*

FABULA XII.

EL CHARLATAN.

Si cualquiera de Ustedes
Se dá por las paredes,
O arroja de un tejado,
Y queda á buen librar descostillado,
Yo me reiré muy bien: importa un pito,
Como tenga mi bálsamo esquisito.
Con esta relacion un Chacharero
Gana mucha opinion y mas dinero;
Pues el vulgo pendiente de sus lábios,
Mas quiere á un Charlatan
Que á veinte sábios.
Por esta conveniencia
Los hay el dia de hoy en toda ciencia,
Que ocupan igualmente acreditados,
Cátedras, academias y tablados.
Prueba de esta verdad será un famoso

Doctor en elocuencia, tan copioso
En charlatanería,
Que ofreció enseñar
A hablar discreto con fecundo pico
En diez años de término á un borrico
Sábelo el Rey, lo llama, y al momento
Le manda dé lecciones á un Jumento:
Pero bien entendido,
Que sería, cumpliendo lo ofrecido,
Ricamente premiado,
Mas cuando no, que moriria ahorcado.
El Doctor asegura nuevamente
Sacar un orador Asno elocuente.
Dícele callandito un cortesano:
Escuche, buen hermano,
Su frescura me espanta;
A cáñamo me huele su garganta.
No temais, señor mio,
Respondió el Charlatan, pues yo me rio,
¿En diez años de plazo que tenemos,
El Rey, el asno ó yo no moriremos?
Nadie encuentra embarazo
En dar un largo plazo
A importantes negocios; mas no advierte
Que ajusta mal su cuenta sin la muerte.

FABULA XIII.

EL MILANO Y LAS PALOMAS.

A las tristes Palomas un Milano
 Sin poderlas pillar, seguia en vano;
 Mas él á todas horas
 Servia de lacayo á estas señoras.

Un dia en fin, hambriento é ingenioso:
 Así las dice ¿Amáis vuestro reposo,
 Vuestra seguridad y conveniencia?
 Pues creedme en mi conciencia:
 En lugar de ser yo vuestro enemigo,
 Desde ahora me obigo
 Si la banda por Rey me aclama luego,
 A tenerla en sosiego,
 Sin que de garra ó pico tema agravio;
 Pues tocante á la paz seré un Octavio:
 Las sencillas palomas consintieron:
 Aclamándolo por rey: *viva*, dijeron,
Nuestro rey el Milano.
 Sin esperar á mas este tirano,
 Sobre un vasallo mísero se planta:
 Déjalo con el *viva* en la garganta;
 Y continuando así sus tiranías,
 Acabó con el reino en cuatro dias.
Quien al poder se acoja de un malvado,
Será en vez de feliz un desdichado.

FABULA XIV.

LAS DOS RANAS.

Tenian dos ranas
 Sus pastos vecinos:
 Una en un estanque,
 Otra en un camino.
 Cierta dia á esta
 aquella la dijo:
 ¡Es creible, amiga!
 De tu mucho juicio,
 Que vivas contenta

Entre los peligros
Donde te amenazan,
Al paso preciso,
Los pies y las ruedas,
Riesgos infinitos!
Deja tal vivienda:
Muda de destino;
Sigue mi dictámen,
Y vente conmigo.
En tono de mofa,
Haciendo mil mimos,
Respondió á su amiga:
¡Escelente aviso!
¡A mi novedades!
Vaya, ¡qué delirio!
Eso si que fuera
Darme el diablo ruido.
¡Yo dejar la casa,
Que fué domicilio
De padres, abuelos,
Y todos los mios,
Sin que haya memoria
De haber sucedido
La menor desgracia
Desde luengos siglos!
Allá te compongas;
Mas ten entendido
Que tal vez sucede
Lo que no se ha visto.
Llegó una carreta
A este tiempo mismo;
Y á la triste Rana
Tortilla la hizo.
Por hombres de sexo

*Muchos hay tenidos,
Que á nuevas razones
Cierran los oídos.
Recibir consejos
Es un desvarío:
La rancia costumbre
Suele ser su libro.*

FABULA XV.

EL PARTO DE LOS MONTES.

Con varios ademanes horriblos
Los Montes de parir dieron señales:
Consintieron los hombres temerosos
Ver nacer los abortos mas fatales.
Despues que con bramidos espantosos
Infundieron pavor á los mortales,
Estos montes, que al mundo estremecieron,
Un Ratoncillo fue lo que parieron.
*Hay autores, que en voces misteriosas,
Estilo fanfarrón y campanudo,
Nos anuncian ideas portentosas;
Pero suele á menudo
Ser el gran parto de su pensamiento,
Despues de tanto ruido, solo viento!*

FABULA XVI.

LAS RANAS PIDIENDO REY.

Sin Rey vivia libre, independiente
El pueblo de las Ranas felizmente.
La amable libertad solo reinaba

En la inmensa laguna que habitaba:
Mas las Ranas al fin un Rey quisieron:
A Júpiter escelso lo pidieron,
Conoce el Dios la súplica importuna,
Y arroja un Rey de palo á la laguna:
Debió ser sin duda buen pedazo,
Pues dió su Majestad tan gran porrazo,
Que el ruido atemoriza el reino todo:
Cada cual se zambulle en agua ó lodo;
Y quedan en silencio tan profundo,
Cual si no hubiese Ranas en el mundo.
Una de ellas asoma la cabeza,
Y viendo á la Real pieza,
Publica que el monarca es un zoquete.
Congrégase la turba, y por juguete
Lo desprecian, lo ensucian con el cieno,
Y piden otro Rey que aquel no es bueno.
El padre de los dioses irritado,
Envia á un culebron que á diente airado
Muerde, traga, castiga:
Y á la misera grey al punto obliga
A recurrir al Dios humildemente.
Padeded, los responde, eternamente;
Que así castigo aquel que no examina
Si su solicitud será su ruina.

FABULA XVII.

EL ASNO Y EL CABALLO.

Ah! quién fuese Caballo!
Un Asno melancólico decia:
Entonces sí que nadie me vería
Flaco, triste y fatal como me hallo.

Tal vez un caballero
Me mantendria ocioso y bien comido;
Dándose su merced por muy servido
Con corbetas y saltos de carnero.

Trátanme ahora como vil y bajo;
De risa sirve mi contraria suerte;
Quien me apalea mas, mas se divierte;
Y menos como, cuando mas trabajo.

No es posible encontrar sobre la tierra
Infeliz como yo. Tal se juzgaba,
Cuando al Caballo vé como pasaba
Con su ginete y armas á la guerra.

Entonces conoció su desatino;
Rióse de corbetas y regalos,
Y dijo: que trabaje y lluevan palos,
No me saquen los Dioses de Pollino.

FABULA XVIII.

EL CORDERO Y EL LOBO.

Uno de los corderos mamantones,
Que para los glotones
Se cria sin salir jamás al prado,
Estando en la cabaña muy cerrado,
Vió por una rendija de la puerta
Que el caballero Lobo estaba alerta,
En silencio esperando astutamente
Una salva ocasion de echarle el diente:
Mas él, que bien seguro se miraba,
Así lo provocaba:
Sepa usted, seor Lobo, que estoy preso
Porque sabe el pastor que soy travieso;
Mas si él no fuese bobo,

No habría ya en el mundo ningún Lobo;
 Pues yo corriendo libre por los cerros,
 Sin pastores ni perros,
 Con sola mi pujanza y valentía
 Contigo y con tu raza acabaría.
 A Dios, exclamó el Lobo, mi esperanza
 De regalar á mi vacía panza.
 Cuando este miserable me provoca,
 Es señal de que se halla de mi boca
 Tan libre como el cielo de ladrones.
*Así son los cobardes fanfarrones,
 Que se hacen en los puestos ventajosos
 Mas valentones, cuanto mas medrosos.*

FABULA XIX.

LAS CABRAS Y LOS CHIVOS.

Desde antaño en el mundo
 Reina el vano deséo
 De parecer iguales
 A los grandes señores los plebeyos.
 Las cabras alcanzaron
 Que Júpiter escelso
 Les diese barba larga
 Para su autoridad y su respeto.
 Indignados los Chivos
 De que su privilegio
 Se estendiese á las Cabras,
 Lampiñas con razon en aquel tiempo;
 Sucedió la discordia
 Y los amargos celos
 A la paz Octaviana,
 Con que fué gobernado el barbon pueblo.

Júpiter dijo entonces,
Acudiendo al remedio;
¿Qué importa que las Cabras,
Disfruten un adorno propio vuestro,
Si es mayor iguominia
De su vano deseo,
Siempre que no igualaren
En fuerzas y valor á vuestro cuerpo?
El mérito aparente
Es digno de desprecio;
La virtud solamente
Es del hombre el ornato verdadero.

FABULA XX.

EL CABALLO Y EL CIERVO.

Perseguia un Caballo vengativo
A un Ciervo que le hizo leve ofensa;
Mas hallaba segura la defensa
En su veloz carrera el fugitivo.
El vengador, perdida la esperanza
De alcanzarlo y lograr así su intento,
Al hombre le pidió su valimiento
Para tomar del ofensor venganza.
Consiente el hombre, y el Caballo airado
Sale con su ginete á la campaña,
Corre con direccion, sigue con maña,
Y queda al fin el ofensor vengado.
Muéstrase al bienhechor agradecido,
Quiere marcharse libre de su peso;
Mas desde entonces mismo quedó preso,
Y eternamente al hombre sometido.
El caballo, que suelto y rozagante

En el frondoso bosque y prado ameno
 Su libertad gozaba tan de lleno,
 Padece sujecion desde ese instante.
 Oprimido del yugo ara la tierra:
 Pasa tal vez la vida mas amarga.
 Sufre la silla, freno, espuela, carga;
 Y aguanta los horrores de la guerra.
 En fin, perdió la libertad amable
 Por vengar una ofensa solamente.
 Tales los frutos son que ciertamente
 Produce la venganza detestable.



LIBRO III.

FABULA PRIMERA.

LA AGUILA Y EL CUERVO.

A DON TOMAS DE IRIARTE.

En mis versos, Iriarte,
Ya no quiero mas arte,
Que poner á los tuyos por modelo.
A competir anheló
Con tu númen, que el sábio mundo admira,
Si me prestas tu lira,
Aquella en que tocaron dulcemente
Música y poesía juntamente.
Esto no puede ser: ordena Apolo
Que digno solo tú la pulses solo.
¿Y por qué solo tú? ¿Pues cuando menos
No he de hacer versos fáciles, amenos,
Sin ambicioso ornato?
¿Gastas otro poético aparato?
Si tú sobre el parnaso te empinases,
Y desde allí cantases:
Risco tramonto de época altanera,
Góngora que te siga, te dijera.
Pero si vas marchando por el llano
Cantándonos en verso castellano
Cosas claras, sencillas, naturales,
Y todas ellas tales,
Que aun aquel que no entiende poesía
Dice: *eso yo tambien me lo diria.*

¡Por qué no he de imitarte, y aun acaso
Antes que tú trepar por el parnaso?
No imploras las Sirenas ni las Musas;
Ni de números usas,
Ni aun siquiera confías en Apolo,
A la naturaleza imploras solo;
Y ella sabia te dicta sus verdades,
Yo te imito: no invoco á las Deidades;
Y por mejor consejo,

Sea mi sacro númen cierto viejo.
Esopo digo, dictáme machucho,
Una de tus patrañas, que te escucho.

Una aguilá rapante,
Con vista perspicaz, rápido vuelo,
Descendiendo veloz de junto al cielo;
Arrebató un cordero en un instante.

Quiere un cuervo imitarla: de un carnero
En el vellon sus uñas hacen presa,
Queda enredada entre la lana espesa,
Como pájaro en liga prisionero.

Hacen de él los pastores vil juguete,
Para castigo de su intento necio
Bien merece la burla y el desprecio
El cuervo que á ser Aguila se mete,
El viejo me ha dictado esta patraña,
Y astutamente así me desengaña.

Esa facilidad, esa destreza
Con que arrebató el Aguila su pieza,
Fué la que engañó al cuervo, pues creía
Que otro tanto á lo menos él haría,
¡Mas que logró? Servíle de escarmiento,

Ojalá que sirviese, á mas de ciento
Poetas de mal gusto aficionados,
Y dijesen cual yo desengañados:

*El Aguila eres tú, divino Iriarte:
Ya no pretendo mas si no admirarte:
Sea tuyo el laurel: tuya la gloria,
Y no sea yo el cuervo de la historia.*

FABULA II.

LOS ANIMALES CON PESTE.

En los montes, los valles y collados
De animales poblados,
Se introdujo la peste de tal modo,
Que en un momento lo inficiona todo.
Allí donde su corte el Leon tenia,
Mirando cada dia
Las cacerias, luchas y carreras
De mansos brutos y de bestias fieras,
Se veian los campos ya cubiertos
De enfermos miserables y de muertos.
Mis amados hermanos,
Esclamó el triste rey, mis cortesanos,
Ya veis que el justo cielo nos obliga
A implorar su piedad, pues nos castiga
Con tan horrenda plaga;
Tal vez se aplacará con que se le haga
Sacrificio de aquel mas delincuente,
Y muera el pecador, no el inocente.
Confiese todo el mundo su pecado:
Yo cruel, sanguinario, he devorado
Inocentes Corderos,
Ya Vacas, ya Terneros;
Y he sido á fuerza de delito tanto
De la selva terror, del bosque espanto.
Señor, dijo la Zorra, en todo eso

No se halla mas esceso
 Que el de vuestra bondad, pues que se digna
 De teñir en la sangre ruin, indigna,
 De los viles cornudos animales,
 Los sacros dientes y las uñas reales.
 A pullo conde
 A los dioses
 Y ofreciéndoles en
 Por miedo de su padre
 Rogaría sin dudar
 Mas esta le
 Como poder
 De los dioses
 Si en vez de hablar
 Ni aun pe
 En las aras divinas
 Así que
 Que en la tentación
 ¡Del trigo! ¡y un Jumento!
 Gritó la Zorra, ¡horrible atrevimiento!
 Los cortesanos claman: este, este
 Irrita al cielo que nos dá la peste
 Pronuncia el rey de muerte la sentencia;
 Y ejecutóla el Lobo á su presencia.
Te juzgarán virtuoso
Si eres, aunque perverso, poderoso
Y, aunque bueno, por malo detestable
Cuando te miran pobre, miserable.
Esto hallará en la corte quien la vea;
Y aun en el mundo todo. ¡Pobre Astrea!

FABULA III.

EL MILANO ENFERMO.

Un Milano despues de haber vivido

Con la conciencia peor que un foragido,
 Enfermó gravemente,
 Supuesto que el paciente
 Ni á Galeno, ni á Hipócrates leía,
 A bulto conoció que se moría.
 A los dioses desea ver propicios,
 Y ofrecerles entonces sacrificios.
 Por miedo de su madre, que afligida,
 Rogaría siu duda por su vida.
 Mas esta le responde: desdichado,
 ¿Cómo podré alcanzar para un malvado
 De los Dioses clemencia:
 Si en vez de darles culto y reverencia,
 Ni aun perdonaste á víctima sagrada
 En las aras divinas inmolada?
Asi queremos que irritando al cielo,
Que en la tribulacion nos dé consuelo.

FABULA IV.

EL LEON ENVEJECIDO.

Al miserable estado
 De una cercana muerte reducido.
 Estaba ya postrado
 Un viejo Leon, del tiempo consumido;
 Tanto mas infeliz y lastimoso,
 Cuanto habia vivido mas dichoso.
 Los que cuando valiente
 Humildes le rendian vasallaje,
 Al verlo decadente,
 Acuden á tratarlo con ultraje;
 Que como la esperiencia nos enseña,
 Del árbol caido todos hacen leña.

Cebados á porfia,
Lo sitiaban sangrientos y feroces.
El Lobo le mordía,
Tirábale el Caballo fuertes coces.
Luego le daba el Toro una cornada;
Después el Javalí su dentellada.

Sufrió constantemente
Estos insultos; pero reparando
Que hasta el Asno insolente
Iba á ultrajarle, falleció clamando:
Esto es doble morir: no hay sufrimiento:
Porque muero injuriado de un Jumento.

*Si en su mudable vida
Al hombre la fortuna ha derribado
Con misera cuida
Desde donde lo habia ella encumbrado;
¿Qué ventura en el mundo se promete.
Si aun de los viles llega á ser juguete?*

FABULA V.

LA ZORRA Y LA GALLINA.

Una Zorra cazando,
De corral en corral iba saltando
A favor de la noche; en una aldea,
Oyó al Gallo cantar: maldito sea.
Agachada y sin ruido,
A merced del olfato y del oído,
Marcha, llega y oliendo á un agujero,
Este es, dice, y se cuela al gallinero.
Las aves se alborotan, menos una,
Que estaba en cesta como niño en cuna,
Enferma gravemente.

Mirándola la Zorra astutamente,
La pregunta: ¿qué es eso, pobrecita?
¿Cual es tu enfermedad? ¿tienes pepita?
Habla, ¿cómo lo pasas desdichada?
La enferma la responde apresurada:
Muy mal me vá, señora, en este instante;
Muy bien si usted se quita de delante.
*Cuántas veces se vende un enemigo,
Como gato por liebre, por amigo
Al oír su fingido cumplimiento,
Respondiérale yo para escarmiento:
Muy mal me vá, señor en este instante;
Muy bien, si usted se quita de delante,*

FABULA VI.

LA CIERVA Y EL LEON.

Mas lijera que el viento,
Precipitada huía,
Una inocente Cierva
De un Cazador seguida.
En una oscura gruta,
Entre espesas encinas,
Atropelladamente
Entró la fugitiva.
¡Mas hay! que un Leon sañudo,
Que allí mismo tenia
Su albergue y era susto
De la selva vecina,
Cogiendo entre sus garras
A la res fugitiva,
Dió con cruel fiereza
Fin sangriento á su vida.
Si al evitar los riesgos,

*La razon no nos guia,
Por huir de un tropiezo,
Damos mortal caida.*

FABULA VII.

EL LEON ENAMORADO.

Amaba el Leon á una Zagala hermosa:
Pidióla por esposa
A su padre, Pastor urbanamente.
El hombre temeroso, mas prudente,
Le respondió: señor, en mi conciencia,
Que la muchacha logra conveniencia;
Pero la pobrecita acostumbrada
A no salir del prado y la majada
Entre la mansa Oveja y el Cordero,
Recelará tal vez, que seas fiero.
No obstante, bien podremos, si consientes:
Cortar tus uñas y limar tus dientes;
Y así verá que tiene tu grandeza
Cosas de magestad, no de fiereza.
Consiente el manso Leon enamorado,
Y el buen hombre lo deja desarmado.
Dá luego su silvido:
Llegan el Matalobos y Atrevido,
Perros de su cabaña; de esta suerte
Al indefenso Leon dieron la muerte.
*Un cuarto apostaré á que en este instante
Dice hablando del Leon, algun amante,
Que de la misma muerte haria gala,
Con tal que se le diese la Zagala.
Deja, Fabio, el amor, dejalo luego:
Mas hablo en vano, porque siempre ciego.*

*No ves el desengaño,
Y así te entregas á tu propio daño.*

FABULA VIII.

EL CONGRESO DE LOS RATONES.

Desde el gran Zapiron el blanco y rubio,
Que despues de las aguas del diluvio
Fue paúre universal de todo Gato,
Ha sido *Miauragato*
Quien mas sangrientamente
Persiguió á la infeliz ratona gente.
Lo cierto es, que obligada
De su persecucion la desdichada,
En *Ratópolis* tuvo su congreso;
Propuso el elocuente *Roqueño*
Echarle un cascabel, y de esta suerte
Al ruido escaparían de la muerte.
El proyecto aprobaron uno á uno,
¿Quién lo ha de ejecutar? Eso, ninguno.
Yo soy corto de vista Yo muy viejo,
Yo gotoso, decían. El concejo
Se acabó como muchos en el mundo.
Proponen un proyecto sin segundo.
Lo aprueban. Hacen otro: ¡qué portento!
¿Pero la ejecucion? ahí está el cuento.

FABULA IX.

EL LOBO Y LA OVEJA.

Cruzando montes y trepando cerros,
Aquí mató, allí robo,

Andaba cierto Lobo,
Hasta que dió en las manos de los perros.

Mordido y arrastrado
Fué de sus enemigos cruelmente:
Quedó con vida milagrosamente;
Mas inválido al fin y derrotado.

Iba el tiempo curando su dolencia,
El hambre al mismo paso le afligia;
Pero como cazar aun no podia,
Con las yerbas hacia penitencia.
Una oveja pasaba, y él la dice:
Amiga, ven acá, llega al momento:
Enfermo estoy, y muero de sediento:
Socorre con el agua á este infelice.

¡Agua quieres que yo vaya á llevarte?

Le responde la Oveja recelosa:

Dime, pues, una cosa:

¿Sin duda que será para enjuagarte,

Limpiar bien el garguero

Abrir el apetito,

Y tragarme despues como un pollito?

Anda, que te conozco, marrullero.

Asi dijo, y se fué, si no la mata.

¡Cuánto importa saber con quien se trata!

FABULA X

EL HOMBRE Y LA PULGA.

Oye, Júpiter sumo, mis querellas,
Y haz, disparando rayos y centellas,
Que muera este animal vil y tirano,
Plaga fatal para el linaje humano,
Y si vos no lo haceis, Hércules sea

Quien acabe con él y su ralea.
 Este es un Hombre que á los Dioses clama
 Porque una pulga le picó en la cama,
 Y es justo ya que el pobre se fatiga,
 Que de Júpiter y Hércules consiga,
 De éste, que viva espulgando sayos
 De aquel, matando Pulgas con sus rayos.
Tenemos en el Cielo los mortales
Recurso en las desdichas y en los males,
Mas se suele abusar frecuentemente,
Por lograr un antojo impertinente.

FABULA XI.

EL CUERVO Y LA SERPIENTE.

Pilló el Cuervo dormida á la Serpiente,
 Y al quererse cebar en ella hambriento,
 Le mordió venenosa. *Sepa el cuento*
Quien sigue á su apetito incautamente.

FABULA XII.

EL ASNO Y LAS RANAS.

Muy cargado de leña un Burro viejo,
 Triste armazon de huesos y pellejo,
 Pensativo, según lo cabizbajo,
 Caminaba, llevando con trabajo
 Su débil fuerza la pesada carga.
 El paso tardo, la carrera larga;
 Todo al fin contra el misero se empeña,
 El camino, los años y la leña.
 Entra en una laguna el desdichado,

Queda profundamente empanlanado.
 Viéndose de aquel modo,
 Cubierto de agua y lodo,
 Trocando lo sufrido en impaciente,
 Contra el destino dijo neciamente
 Espresiones ajenas de sus canas,
 Mas las vecinas Ranas,
 Al oír sus lamentos y quejidos,
 Las unas se tapaban los oídos,
 Las otras que prudentes lo escuchaban,
 Reprendíanle así y aconsejaban:
 Aprenda el mal Jumento
 A tener sufrimiento,
 Que entre las que habitamos la laguna,
 Ha de encontrar lección muy oportuna.
 Por Júpiter estamos condenadas
 A vivir sin remedio encenegadas
 En agua detenida, lodo espeso;
 Y á mas de todo eso,
 Aquí perpetuamente nos encierra
 Sin esperanza de correr la tierra,
 Cruzar el anchuroso mar profundo,
 Ni aun saber lo que pasa por el mundo.
 Mas llevamos á bien nuestro destino,
 Y así nos premia Júpiter divino,
 Repartiendo entre nosotras cada día
 La salud, el contento y la alegría.
Es de suma importancia
Tener en los trabajos tolerancia;
Pues la impaciencia en la contraria suerte
Es un mal mas amargo que la muerte.

FABULA XIII.

EL ASNO Y EL PERRO.

Un Perro y un Borrico caminaban
Sirviendo á un mismo dueño,
Rendido este del sueño,
Se tendió sobre el prado que pasaban.

El Borrico entre tanto aprovechado,
Descansa y paze; mas el Perro hambriento.
Bájate, le decia, buen Jumento,
Pillaré de la alforja algun bocado.

El Asno se le aparta como en chanza
El Perro sigue al lado del Borrico,
Levantando las manos y el hocico,
Como perro de ciego cuanda danza.

No seas bobo, el Asno le decia:
Espera á que nuestro amo se despierte,
Y será de esa suerte

El hambre mas, mejor la compañía.

Desde el bosque entre tanto sale un lobo:

Pide el Asno favor al compañero:

En lugar de ladrar el marrullero

Con fisga respondió: *no seas bobo:*

Espera á que nuestro amo se despierte,

Que pues me aconsejaste la paciencia,

Yo la sabré tener en mi conciencia.

Al ver al Lobo que te dá la muerte.

El pollino murió, no hay que dudarlo;

Mas si resucitára,

Corriendo el mundo á todos predicára:

Prestad auxilio, si quereis hallarlo.

FABULA XIV.

EL LEON Y EL ASNO CAZANDO.

Su Magestad Leonesa en compañía
De un Borrico se sale á montería,
En la parte al intento acomodada,
Formando el mismo Leon una enramada,
Mandó al Asno que en ella se ocultase,
Y que de tiempo en tiempo rebuznase
Como trompa de caza en el ojeo.
Logró el rey su deseo,
Pues apenas se vió bien apostado.
Cuando al son del rebuzno destemplado,
Que los montes y valles repetían,
A su selvoso albergue se volvían.
Precipitadamente
Las fieras enemigas juntamente:
Y en su cobarde huida
En las garras del Leon pierden la vida.
Cuando el Asno se halló con los despojos
De devoradas fieras á sus ojos,
Dijo: par diez si llego mas temprano,
A ningun muerto dejo hueso sano.
A tal faufarronada
Soltó el rey una grande carcajada:
*Y es que jamás convino
Hacer del Andalúz al Vizcaino.*

FABULA XV.

EL CHARLATAN Y EL RÚSTICO.

Lo que jamás se ha visto ni se ha oido
Verán ustedes, atencion les pido,
Así decia un Charlatan famoso,

Cercado de un concurso numeroso.
 En efecto: quedando todo el mundo
 En silencio profundo,
 Remedó á un cochinito de tal modo,
 Que el auditorio todo,
 Creyendo que lo tiene y que lo tapa,
 Atumultuado grita: *fuera capa*.
 Descubrióse, y al ver que nada habia,
 Con vítores lo aclaman á porfia.
 Par diez: dijo un Patan, que yo prometo
 Para mañana, hablando con respeto,
 Hacer el puerco mas perfectamente:
 Si no, que me lo claven en la frente;
 Con risa prometió la concurrencia
 A burlarse del payo su asistencia.
 Llegó la hora, todos acudieron:
 No bien el Charlatan gruñir oyeron
 Gentes á su favor preocupadas,
 Viva, dicen, al son de las palmadas,
 Sube despues el rústico al tablado
 Con un bulto en la capa y embozado.
 Imita al Charlatan en la postura
 De fingir que un Lechon tapar procura;
 Mas estaba la gracia en que era el bulto
 Un marranillo que tenia oculto.
 Tírale callandito de la oreja:
 Gruñendo en tiple, el animal se queja:
 Pero al creer que es remedo el tal gruñido,
 Aquí se oia un *fuera*, allí un *silvido*,
 Y todo el mundo queda
 En que es el otro quien mejor remeda.
 El Rústico descubre su Marrano:
 Al público lo enseña y dice ufano:
 ¡Así juzgan ustedes?
 ¡Oh preocupacion, y cuánto puedes!

LIBRO IV.

FABULA PRIMERA.

LA MONA CORRIDA.

EL AUTOR A SUS VERSOS.

Fieras, aves, peces
Corren, vuelan y nadan,
Porque Júpiter sumo
A general congreso á todos llama,
Con sus hijos se acercan,
Y es que un premio señala
Para aquel cuya prole
En hermosura lleve la ventaja:
El alto regio trono
La multitud cercaba,
Cuando en la concurrencia
Se sentia decir: *La Mona falta:*
Ya llega, dijo entonces
Una habladora Urraca;
Que como centinela,
En la alta punta de un ciprés estaba.
Entra rompiendo filas
Con su cachorro ufana,
Y ante el excelso Trono
El premio pide de hermosura tanta.
El Dios Júpiter quiso,
Al ver tan fea traza,
Disimular la risa;

Pero se le soltó la carcajada.
 Armóse en el concurso
 Tal bulla y algazara,
 Que corrida la Mona
 A Tetuan se volvió desengañada.
*¿Es creíble, señores,
 Que yo mismo pensára
 En consagrar á Apolo
 Mis versos, como dignos de su gracia?
 Cuando por mi fortuna
 Me encontré esta mañana,
 Continuando mi obrilla,
 Este cuento moral, esta patraña,
 Yo dije á mi capote:
 ¡Con qué chiste, que gracia,
 Y que vivos colores
 El jorobado Esopo me retrata!
 Mas ya mis producciones
 Miro con desconfianza,
 Porque aprendo en la Mona
 Cuánto el ciego amor propio nos engaña.*

FABULA II.

EL ASNO Y JÚPITER.

No sé como hay Jumento,
 Que teniendo un adarme de talento
 Quiere meterse á Burro de hortelano.
 Llevo á la plaza desde muy temprano
 Cada dia cien cargas de verdura;
 Vuelvo con otras tantas de basura;
 Y para minorar mi pesadumbre,
 Un criado me azota por costumbre,

Mi vida es esta: ¿qué será mi muerte?
 Como no mude Júpiter mi suerte?
 Un Asno de este modo se quejaba;
 El Dios que sus lamentos escuchaba,
 Al dominio lo entrega de un tejero.
 Esta vida, decía, no la quiero:
 Del peso de las tejas oprimido;
 Bien azotado pero mal comido;
 A Júpiter me voy con el empeño
 De lograr nuevo dueño.
 Envióle á un curtidor: entonces dice:
 Aun con este Amo soy mas infelice:
 Cargado de pellejos de difunto
 Me hace correr sin sosegar un punto,
 Para matarme sin llegar á viejo,
 Y curtir al instante mi pellejo.
 Júpiter por no oir tan largas quejas,
 Se tapó lindamente las orejas,
 Y á nadie escucha desde el tal Pollino,
 Si le habla de mudanza de destino.
*Solo en verso se encuentran los dichosos,
 Que viven ni envidiados, ni envidiosos.
 La espada por feliz tiene el arado,
 Como el remo á la pluma y el cayado,
 Mas se tienen por miseros en suma
 Remo, espada, cayado, esteva y pluma.
 ¿Pues á qué estado el hombre llama bueno?
 Al propio nunca, pero sí al ageno.*

FABULA III.

EL CAZADOR Y LA PERDIZ.

Una Perdiz en celo reclamada

Vino á ser en la red aprisionada.
Al Cazador la mísera decia:
Si me dás libertad en este dia
Te he de proporcionar un gran consuelo.
Por ese campo extenderé mi buelo,
Juntaré á mis amigas en bandada,
Que guiaré á tus redes engañada,
Y tendrás sin costarte dos ochavos,
Doce perdices como doce pavos.
¡Engañar y vender á tus amigas!
¿Y así crees que me obligas?
Respondió el Cazador; pues no señora:
Muere, y paga la pena de traidora.
La Perdiz fué bien muerta, no es dudable,
La traicion aun soñada, es detestable.

FABULA IV.

EL VIEJO Y LA MUERTE.

Entre montes por áspero camino,
Trozando con una y otra peña,
Iba un viejo cargado con su leña
Maldiciendo su mísero destino.
Al fin cayó, y viéndose de suerte
Que apenas levantarse ya podia.
Llamaba con colérica porfia
Una, dos y tres veces á la Muerte.
Armada de guadaña en esqueleto
La parca se le ofreció en aquel punto;
Pero el Viejo temiendo ser difunto,
Lleno mas de terror que de respeto,
Trémulo la decia y balbuciente:
Yo.... Señora..... os llamé desesperado;

Pero.... acaba: qué quieres desdichado!

Que me cargues la leña solamente.

Tenga paciencia quien se cree infelice.

Que aun en la situacion mas lamentable

Es la vida del hombre siempre amable:

El viejo de la leña nos lo dice.

FABULA V.

EL ENFERMO Y EL MÉDICO.

Un miserable enfermo se moria;

Y el médico importuno le decia:

Usted se muere, yo se lo confieso:

Pero por la alta ciencia que profeso,

Conozco y le aseguro firmemente,

Que ya estuviera sano

Si se hubiese acudido mas temprano

Con el benigno clister detergente.

El triste enfermo que lo estaba oyendo,

Volvió la espalda al Médico diciendo:

Señor Galeno, su consejo alabo,

El Asno muerto la cebada al rabo.

Todo varon prudente

Aconseja en el tiempo conveniente,

Que es hacer de la ciencia vano alarde,

Dar el consejo cuando llega tarde.

FABULA VI.

LA ZORRA Y LAS UVAS.

Es voz comun que á mas del mediodia

En ayunas la Zorra iba cazando:

**Halla una parra, quédase mirando
De la alta vid el fruto que pendia.**

**Causábale mil ansias y congojas
No alcanzar á las uvas con la garra.**

**Al mostrar á sus dientes la alta parra
Negros racimos entre verdes hojas.**

Miró, saltó y anduvo en probaduras;

Pero vió el imposible ya de fijo.

Entonces fué cuando la Zorra dijo:

No las quiero comer: *No están maduras.*

***No por eso te muestres impaciente,
Si te se frustra, Fabio, algun intento:***

Aplica bien el cuento

Y di, No están maduras, frescamente.

FABULA VII.

LA CIERVA Y LA VIÑA.

Huyendo de enemigos cazadores

Una Cierva lijera,

Siente, ya fatigada en la carrera,

Mas cercanos los perros y ojeadores.

No viendo la infeliz algun seguro

Y vecino paraje

De gruta ó de ramaje,

Crece su timidez, crece su apuro.

Al fin sacando fuerzas de flaqueza,

Continúa la fuga presurosa:

Halla al paso una Viña muy frondosa,

Y en lo espeso se oculta con presteza.

Cambia el susto y pesar en alegría,

Viéndose á paz y á salvo en tan buen hora,

Olvida el bien; y de su defensora

Los frescos verdes pámpanos comia.

¡Mas ay! que de esta suerte

Quitando ella las ojas de delante,

Abrió puerta á la flecha penetrante,

Y el listo cazador la dió la muerte.

Castigó con la pena merecida

El justo cielo á la Cierva ingrata.

¿Mas que puede esperar el que maltrata

Al mismo que le está dando la vida?

FABULA VIII.

EL ASNO CARGADO DE RELIQUIAS.

De reliquias cargado

Un Asno recibia adoraciones,

Como si á él hubiesen consagrado

Reverencias, inciensos y oraciones.

En lo vano, lo grave y lo severo

Que se manifestaba,

Hubo quien conoció que se engañaba,

Y le dijo: yo infiero

De vuestra vanidad, vuestra locura,

El reverente culto que procura

Tributar cada cual este momento,

No es dirigido á vos, señor Jumento,

Que solo vá en honor aunque lo sientas,

De la sagrada carga que sustentas.

Quando un hombre sin mérito estuviere

En elevado empleo, ó gran riqueza,

Y se ensoberbeciere,

Porque todos le bajan la cabeza.

Para que su locura no prosiga

Tema encontrar tal vez con quien le diga:

*Señor Jumento no se engria tanto,
Que si besan la peana, es por el santo.*

FABULA IX.

LOS DOS MACHOS.

Dos Machos caminaban: el primero
Cargado de dinero,
Mostrando su penacho envanecido
Iba marchando erguido
Al son de los redondos cascabeles.
El segundo, desnudo de oropeles,
Con un pobre aparejo solamente,
Alargando el pescuezo eternamente,
Seguia de reata su jornada
Cargado de costales de cebada.
Salen unos ladrones, y al instante
Asieron de la rienda al arrogante:
El se defiende, ellos le maltratan,
Y despues que el dinero le arrebatan,
Huyen, y dice entonces el segundo:
*Si á estos riesgos esponen en el mundo
Las riquezas, no quiero, á fe de Macho,
Dinero, cascabeles ni penacho.*

FABULA X.

EL CAZADOR Y EL PERRO.

Mustafá, Perro viejo,
Lebrel en montería ejercitado,
Y de antiguas heridas señaado
A colmillo y á cuerno su pellejo,

Seguia á un Javalí sin esperanza
De poderlo alcanzar: pero no obstante,
Aguzándolo su amo á cada instante,
A duras penas Mustafá lo alcanza.

El Cerdoso valiente

No escuchaba recados á la oreja;
Y así su resistencia no le deja
Cebiar al Perro su cansado diente:

Con airado colmillo lo rechaza,

Y bufando se marcha victorioso;

El Cazador furioso

Reniega del Lebrél, y de su raza.

Viejo estoy, le responde, ya lo veo:

Mas dí, ¿sin Mustafá, cuándo tuvieras

Las pieles y cabezas de las fieras

En tu casa de abrigo y de trofeo?

Miras á lo que soy, no á lo que he sido.

¡Suerte desgraciada!

Presente tienes mi vejez cansada,

Y mis robustos años en olvido.

¿Mas para qué me mato,

Si no he de conseguir cosa ninguna?

Es ladrar á la luna

El alegar servicios al ingrato.

FABULA XI.

LA TORTUGA Y EL AGUILA.

Una Tortuga á una Aguila rogaba
La enseñase á volar, así la hablaba.
Con solo que me des cuatro lecciones,
Lig era volaré por las regiones:

Ya remontando el vuelo
 Por medio de los aires hasta el cielo
 Veré cercano al sol y á las estrellas,
 Y otras cien cosas bellas.
 Ya rápida bajando,
 De ciudad en ciudad iré pasando:
 Y de este fácil delicioso modo
 Lograré en pocos días verlo todo.
 La Aguila se rió del desatino:
 La aconseja que siga su destino,
 Cazando torpemente con paciencia
 Pues lo dispuso así la Providencia.
 Ella insiste en su antojo ciegamente:
 La Reina de las aves prontamente
 La arrebató, la lleva por las nubes:
 Mira, la dice, mira como subes.
 Y al preguntarla, dijo: ¿vas contenta?
 Se la deja caer y se revienta.
 Para que así escarmiente
 Quien desprecia el consejo del prudente.

FABULA XII.

EL LEON Y EL RATON.

Estaba un Ratoncillo aprisionado
 En las garras de un Leon: el desdichado
 En la tal ratonera no fué preso
 Por ladron de tocino ni de queso,
 Sino porque con otros molestaba
 Al Leon que en su retiro descansaba.
 Pide perdon llorando su insolencia,
 Al oir implorar la real clemencia,
 Responde el Rey en majestuoso tono

(No dijera mas Tito): te perdono.

Poco despues cazando el Leon, tropieza

En una red oculta en la maleza,

Quiere salir, mas queda prisionero:

Atronando la selva ruge fiero:

El libre Ratoncillo que lo siente,

Corriendo llega, roe diligente

Los nudos de la red, de tal manera,

Que al fin rompió los grillos de la fiera.

Convienne al poderoso

Para los infelices ser piadoso:

Tal vez se puede ver necesitado

Del auxilio de aquel mas desdichado.

FABULA XIII.

LAS LIEBRES Y LAS RANAS.

Asustadas las Liebres de un estruendo,

Echaron á correr todas diciendo:

A quien la vida cuesta tanto susto,

La muerte causará menos disgusto:

Llegan á una laguna de esta suerte

A dar en lo profundo con la muerte.

Al ver á tanta Rana, que asustada

A las aguas se arroja á su llegada:

Ola, dijo una Liebre, ¿con que hay otras

Tan tímidas que aun tiemblan de nosotras?

Pues suframos como ellas el destino:

Conocieron sin mas su desatino.

Así la suerte adversa es tolerable

Comparada con otra miserable.

FABULA XIV.

EL GALLO Y EL ZORRO.

Un gallo muy maduro,
De edad provecta, duros espolones,
Pacífico y seguro
Sobre un árbol oía las razones
De un Zorro muy cortés y muy atento,
Mas elocuente cuanto mas hambriento.
Hermano, le decia,
Ya cesó entre nosotros una guerra
Que cruel repartia
Sangre y plumas al viento y á la tierra:
Baja, daré para perpetuo sello
Mis amorosos brazos á tu cuello.

Amigo de mi alma,
Responde el Gallo, ¡qué placer inmenso
En deliciosa calma
Deja esta vez mi espíritu suspenso!
Allá bajo, allá voy tierno y ansioso
A gozar en tu seno mi reposo:

Pero aguarda un instante,
Porque vienen ligeros como el viento,
Y ya estan adelante
Dos correos que llegan al momento,
De esta noticia portadores fieles,
Y son segun la traza dos Lebreles.

A Dios, á Dios, amigo,
Dijo el Zorro, que estoy muy ocupado;
Luego hablaré contigo
Para finalizar este tratado.
El Gallo se quedó lleno de gloria,
Cantando en esta letra su victoria.

*Siempre trabaja en su daño
El astuto engañador:
A un engaño hay otro engaño,
A un pícaro otro mayor.*

FABULA XV.

EL LEON Y LA CABRA.

Un señor Leon andaba como un Perro
Del valle al monte, de la selva al cerro,
A caza sin hallar pelo ni lana,
Perdiendo la paciencia y la mañana,
Por un risco escarpado
Vé trepar á una Cabra á lo encumbrado,
De modo que parece que se empeña
En hacer creer al Leon que se despeña.
El pretender seguirla fuera en vano:
El cazador entonces cortesano
La dice: baja, baja, mi querida,
No busques precipicios á tu vida.
En el valle frondoso
Pacerás á mi lado con reposo.
Desde cuando, señor la real persona
Cuida con tanto amor de la barbona?
Esos alhagos tiernos
No son por bien, apostaré los cuernos.
Así le respondió la astuta Cabra;
Y él se fué sin replicar palabra.
*Lo paga la infeliz con el pellejo,
Si toma sin exámen su consejo.*

FABULA XVI.

LA HACHA Y EL MANGO.

Un hombre, que en el bosque se miraba
 Con un Hacha sin Mango, suplicaba
 A los árboles diesen la madera
 Que mas sólida fuera
 Para hacerle uno fuerte y mas durable.
 Al punto la arboleda innumerable
 Le cedió el Acebuce, y el contento
 Perfeccionando luego su instrumento;
 De rama en rama va cortando á gusto,
 Del alto roble el brazo mas robusto.
 Ya los árboles todos recorría;
 Y mientras los mejores elegia
 Dijo la triste Encina al Fresno: *Amigo,*
Infeliz del que ayuda á su enemigo.

FABULA XVII.

LA ONZA Y LOS PASTORES.

En una trampa una Onza inadvertida
 Dió mísera caída.
 Al verla sin defensa,
 Corrieron á la ofensa
 Los vecinos Pastores,
 No valerosos, pero sí traidores.
 Cada cual por su lado
 La maltrataba airado,
 Hasta dejar sus fuerzas desmayadas;
 Unos á palos, otros a pedradas,
 Al fin la abandonaron por perdida.

Pero viéndola dar muestras de vida,
 Cierta Pastor, dolido de su suerte,
 Por evitar su muerte,
 La arrojó la mitad de su alimento,
 Con que pudiese recobrar aliento.
 Llegó la noche, téplase la saña,
 Marchaban á descansar á la cabaña,
 Todos con esperanza muy fundada
 De hallarla muerta por la madrugada.
 Mas la fiera entre tanto,
 Volviendo poco á poco del quebranto,
 Toma nuevo valor y fuerza nueva.
 Salta, deja la trampa, va á su cueva,
 Y al sentirse de todo reformada,
 Sale, sí muy ligera, pero mas airada.
 Ya destruye ganados,
 Ya deja los Pastores destrozados,
 Nada aplaca su cólera violenta,
 Todo lo tala, en todos se sangrienta.
 El buen Pastor, por quien tal vez vivía,
 Lleno de horror, la vida le pedía.
 No serás maltratado,
 Dijo la Onza, vive descuidado,
 Que yo solo persigo á los traidores,
 Que me ofendieron, no á mis bienhechores.
Quien hace agravios, tema la venganza:
Quien hace bien, al fin el premio alcanza.

FABULA XVIII.

EL GRAJO VANO.

Con las plumas de un Pavo
 Un Grajo se vistió: pomposo y bravo

En medio de los Pavos se pasea.
La manada lo advierte, lo rodea,
Todos le pican, burlan y lo envían,
¿Donde, si ni los Grajos lo querían?
¿Cuánto ha que repetimos este cuento
Sin que haya en los plagarios escarmiento?

FABULA XIX.

EL HOMBRE Y LA COMADREJA.

A sí decía cierta Comadreja
A un hombre que la había aprisionado:
¿Por qué no me dejais? ¿Os he yo dado
Motivo de disgusto ni de queja?
¿No soy la que desvanes y rincones,
Tu casa toda, cual si fuese mia,
Cuidadosa registro noche y día
Para que vivas libre de ratones?
¿Gran fineza por cierto!
El hombre respondió: pues dí, ladrona.
Si tu glotonería no perdona
Ni á raton vivo, ni á cochino muerto,
Ni á cuanto guardan ruines despenseras,
¿Cómo he de creer que tu cuidado apura
Por mi bien los ratones? ¿Qué locura!
No teudria yo malas tragaderas:
Moriras. *Y el astuto que pretenda
Vender como fineza lo que ha hecho
Sin mirar á mas fin que su provecho,
Sabrá que hay en el mundo quien lo entienda.*

BATALLA DE LAS COMADREJAS Y LOS RATONES.

Vencidos los Ratones.

Huían con presteza

De una atroz enemiga

Tropa de comadreas.

Marchaban con desórden,

Que cuando el miedo reina,

Es la confusion sola

El gefe que gobierna.

Llegaron presurosos

A sus angostas cuevas,

Logrando los soldados

Entrar á duras penas:

Pero los capitanes,

Que en las estrechas puertas

Quedaron atascados

Sin ninguna defensa,

A causa de unos cuernos

Puestos en las cabezas

Para ser de sus tropas

Vistos en la refriega.

Fueron las desdichadas

Victimas de la guerra,

Haciendo de sus cuerpos

Pasto las Comadreas.

¡Cuántas veces los hombres

Distinciones anhela

Y suelen ser la causa

De sus desdichas ellas!

Si Júpiter dispara

*Sus rayos á la tierra
Antes que á las cabañas
A los palacios y á las torres llegan.*

FABULA XXI.

EL LEON Y LA RANA.

Una lóbrega noche silenciosa
Iba un Leon horroroso
Con mesurado paso magestuoso
Por una selva: oyó una voz ruidosa,
Que con tono molesto y continuado
Llamaba la atencion, y aun el cuidado
Del reinante animal, que no sabia
De qué bestia feroz quizá saldría.
Aquella voz que tanto mas sonaba
Cuanto mas en silencio todo estaba.
Su magestad leonesa
La selva toda registrar procura
Mas nada encuentra con la noche oscura,
Hasta que pudo ver, ¡oh qué sorpresa!
Que sale de un estanque á la mañana
La tal vestia feroz, y era una Rana.
*Lamará la atencion de mucha gente
El Charlatan con su mania loca:
¿Mas qué logra, si al fin verá el prudente
Que no es sino una Rana, toda boca?*

FABULA XXII.

EL CIERVO Y LOS BUEYES.

Con eminente riesgo de la vida

Un ciervo se escapó de la batida,
Y en la quinta cercana de repente
Se metió en el establo incautamente.
Dícele un Buey: ¿ignoras, desdichado
Que aquí viven los hombres? ¡ah cuitado!
Detente, y hallarás tanto reposo
Como perdiz en boca de Raposo.
El Ciervo respondió: pero no obstante,
Dejadme descansar algun instante,
Y en la ocasion primera
Al bosque espeso emprendo mi carrera.
Oculto en el ramaje permanecé:
A la noche el Boyero se aparece,
Al ganado reparte el alimento:
Nada divisa, sálese al momento.
El Mayoral y los criados entran,
Y tampoco le encuentran.
Libre de aquel apuro,
El Ciervo se contaba por seguro:
Pero el Buey mas anciano
Le dice: ¿qué? ¿te alegras tan temprano?
Si el amo llega, lo perdiste todo,
Yo le llamo *Cien-ojos* por apodo:
Mas chiton, que ya viene.
Entra *Cien-ojos*: todo lo previene:
A los rústicos dice: no hay consuelo,
Las colleras tiradas por el suelo:
Limpio el pesebre, pero muy de paso,
El ramaje muy seco, y mas escaso:
Seor mayoral, ¿es este buen gobierno?
En esto mira al enrazado cuerno
Del triste Ciervo: grita, acuden todos
Contra el pobre animal de varios modos,
Y á la rústica usanza

Se celebró la fiesta de matanza.
Esto quiere decir que el amo bueno
No se debe fiar de ojo ajeno.

FABULA XXIII.

LOS NAVEGANTES.

Lloraban unos tristes pasajeros
Viendo su pobre nave combatida
De recias olas y de vientos fieros,
Ya casi sumergida;
 Cuando súbitamente
El viento calma, el cielo se serena,
Y la afligida gente
Convierte en risa la pasada pena.
Mas el Piloto estuvo muy sereno,
Tanto en la tempestad como en bonanza.
Pues sabe que lo malo y que lo bueno
Está sujeto á súbita mudanza.

FABULA XXIV.

EL TORRENTE Y EL RIO.

Despeñado un Torrente
De un encumbrado cerro
Caía en una peña,
Y atronaba el recinto con su estruendo.
Seguido de ladrones
Un triste pasajero
Despreciando el ruido,
Atravesó el raudal sin desaliento,
Que es comun en los hombres

Poseidos del miedo,
 Para salvar la vida,
 Esponerlo tal vez á mayor riesgo.
 Llegaron los bandidos;
 Practicaron lo mismo
 Que antes el caminante,
 Y fueron en su alcance y seguimiento.
 Encontró el miserable
 De allí á poco trecho
 Un rio caudaloso,
 Que corria apacible y con silencio.
 Con tan buenas señales,
 Y el próspero suceso
 Del raudal bullicioso,
 Determinó vadearle sin recelo;
 Mas apenas dió un paso,
 Pagó su desacuerdo,
 Quedando sepultado,
 En las alevés aguas sin remedio.
Temamos los peligros
De designios secretos,
Que el ruidoso aparato,
Si no se desvanece, anuncia el riesgo.

FABULA XXV.

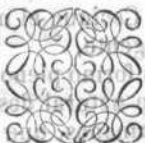
EL LEON, EL LOBO Y LA ZORRA.

Trémino y achacoso
 A fuerza de años un Leon estaba;
 Hizo venir los médicos ansioso
 Por ver si alguno de ellos le curaba.
 De todas las especies y regiones
 Profesores llegaban á millones.

Todos conocen incurable el daño;
Ninguno al rey propone el desengaño;
Cada cual su remedio le procura,
Como si la vejez tuviese cura.
Un lobo cortesano,
Con tono adulador y fin torcido,
Dijo á su soberano:
He notado señor, que no ha asistido
La Zorra como médico al congreso,
Y pudiera esperarse buen suceso
De su dictámen en tan grave asunto.
Quiso su Magestad que luego al punto
Por la posta viniese:
Llega, sube al palacio; y como viese
Al lobo su enemigo; ya instruida
De que él era el autor de su venida,
Que ella escuchaba cautelosamente,
Inclinándose al rey profundamente,
Dijo: quizá, señor, no habrá faltado
Quien haya mi tardanza acriminado;
Mas será porque ignora
Que vengo de cumplir un voto ahora,
Que por vuestra salud tenía hecho;
Y para mas provecho,
En mi viaje traté gentes de ciencia
Sobre vuestra dolencia.
Convienen, pues, los grandes profesores
En que no teneis vicio en los humores,
Y que solo los años han dejado
El calor natural algo apagado;
Pero este se recobra y vivifica
Sin fastidio, sin drogas de botica,
Con un remedio simple, liso y llano,
Que vuestra magestad tiene en la mano.

A un Lobo arránquense el pellejo,
Haced que os lo apliquen al instante.
Y por mas que esteis débil, flaco y viejo,
Os sentireis robusto y rozagante,
Con apetito tal, que sin esfuerzo,
El mismo Lobo os servirá de almuerzo.
Convino el Rey: y entre el furor y el hieirro
Murió el inféliz Lobo como un perro.

*Así viven y mueren cada día
En su guerra interior los palaciegos,
Que con la emulacion rabiosa ciegos
Al degüello se tiran á porfia.
Tomen esta leccion muy oportuna:
Lleguen á la privanza enhorabuena,
Mas labren su fortuna
Sin cimentarla en la desdicha agena.*



LIBRO V.

FABULA PRIMERA.

LOS RATONES Y EL GATO.

Marramaquiz, gran Gato,
De nariz roma, pero largo olfato,
Se metió en una casa de Ratones.
En uno de sus lóbregos rincones
Puso su alojamiento:
Por delante de sí de ciento en ciento.
Los dejaba por gusto libre el paso,
Como hace el bebedor que mira al vaso;
Y ensayando así sus tragaderas,
Al fin los elegía como peras.
Este fué su ejercicio cotidiano;
Pero tarde ó temprano
Al fin, ya los Ratones conocían,
Que por instantes se disminuían,
Don Roepan, Cacique el mas prudente
De la ratona gente,
Con los suyos formó pleno consejo,
Y dijo así con natural despejo:
Supuesto, hermanos, que el sangriento bruto,
Que metidos nos tiene en llanto y luto,
Habita el cuarto bajo,
Sin que pueda subir ni aun con trabajo
Hasta nuestra vivienda, es evidente
Que se atajará el daño solamente
Con no bajar allá de modo alguno.
El medio pareció muy oportuno.

Y fué tan observado,
 Que ya *Marramaquiz* el muy taimado,
 Metido por el hambre en calzas prietas,
 Discurrió entre mil tretas
 La de colgarse por los pies de un palo
 Haciendo el muerto: no era el ardid malo,
 Pero don *Roepan*, luego que advierte
 Que su enemigo estaba de tal suerte,
 Asomando el hocico á su agujero,
 Ola, dice, ¿qué es eso caballero?
 ¿Estás muerto de burlas ó de veras?
 Si es lo que yo recelo, en vano esperas;
 Pues no nos contaremos ya seguros
 Aun sabiendo de cierto,
 Que eras, á mas á mas de Gato muerto,
 Gato relleno ya de pesos duros.
Si alguno llega con astuta maña,
Y una vez nos engaña,
Es cosa muy sabida,
Que puede algunas veces
El huir de sus trazas y dobleces
Valernos nada menos que la vida.

FABULA II.

EL ASNO Y EL LOBO.

Un Burro cojo vió que le seguia
 Un Lobo cazador, y no pudiendo
 Huir de su enemigo, le decia:
 Amigo Lobo, yo me estoy muriendo:
 Me acaban por instantes los dolores
 De este maldito pie de que cojeo:
 Si yo no me valiese de herradores,

No me vería así como me veo.

Y pues fallezco, sé caritativo;

Sácame con los dientes este clavo;

Muera yo sin dolor tan escesivo,

Y cómeme después de cabo á rabo.

Oh, dijo el cazador con ironía,

Contando con la presa ya en la mano,

No solamente sé la anatomía,

Sino que soy perfecto cirujano.

El caso es para mí una patarata,

La operacion no es mas que de un momento.

Alargue bien la pata,

Y no se me acobarde buen jumento.

Con su estuche molar desenvainado

El nuevo profesor llega al doliente;

Mas éste le dispara de contado

Una cox que lo deja sin un diente.

Escapa el cojo, pero el triste herido

Llorando se quedó su desventura.

¡Ay infeliz de mí! bien merecido

El pago tengo de mi gran locura.

Yo siempre me llevé el mejor bocado

En mi oficio de Lobo carnicero;

¡Pues si pude vivir tan regalado,

A qué meterme ahora á curandero?

Hablemos en razon, no tiene juicio,

Quien deja el propio por ageno oficio.

FABULA III.

EL ASNO Y EL CABALLO.

Iban, mas no sé adonde ciertamente,

Un Caballo y un Asno juntamente;

Este cargado, pero aquel sin carga.
 El grave peso, la carrera larga,
 Causaron al Borrico tal fatiga,
 Que la necesidad misma le obliga
 A dar en tierra. Amigo, compañero,
 No puedo mas, decia, yo me muero,
 Repartamos la carga, y será poca.
 Si no, se me vá el alma por la boca.
 Dice el otro: revienta enhorabuena:
 ¿Por eso he de sufrir la carga agena?
 Gran bestia seré yo si tal hiciere.
 ¿Miren, y qué borrico se me muere?
 Tan justamente se quejó el Jumento,
 Que espiró el infeliz en el momento:
 El Caballo conoce su pecado,
 Pues tuvo que llevar, mal de su grado,
 Los fardos y aparejos todo junto,
 Item mas el pellejo del difunto.
*Juan, alivia en sus penas al vecino,
 Y el cuando tu las tengas de la ayuda,
 Si no lo haces así, temed sin duda
 Que sereis el Caballo y el Pollino.*

FABULA IV.

EL LABRADOR Y LA PROVIDENCIA.

Un labrador cansado
 En el ardiente Estío,
 Debajo de una encina
 Reposaba pacífico y tranquilo.
 Desde su dulce estancia
 Miraba agradecido
 El bien con que la tierra

Premiaba sus penosos ejercicios.
 Entre mil producciones,
 Hijas de su cultivo,
 Veía calabazas,
 Melones por los suelos esparcidos.
 ¿Por qué la Providencia,
 Decía entre sí mismo,
 Puso á la ruin bellota
 En elevado y preeminente sitio?
 ¿Cuánto mejor sería,
 Que trocando el destino,
 Pendiesen de las ramas
 Calabazas, melones y pepinos?
 Bien oportunamente,
 Al tiempo que esto dijo,
 Cayendo una bellota,
 Le pegó en las narices de improviso.
 Par diez, prorrumpió entonces
 El Labrador sencillo:
 Si lo que fué bellota,
 Algun gordo melon hubiera sido,
 Desde luego pudiera
 Tomar á buen partido
 En caso semejante
 Quedar desnarigado, pero vivo.
 Aquí la Providencia
 Manifestarle quiso,
 Que supo á cada cosa
 Señalar sábiamente su destino:
 A mayor bien del hombre
 Todo está repartido,
 Preso el pez en su concha,
 Y libre por el aire el pajarillo.

FABULA V.

EL ASNO VESTIDO DE LEON.

Un Asno disfrazado
 Con una gran piel de Leon andaba;
 Por su temible aspecto casi estaba
 Desierto el bosque, solitario el prado,
 Pero quiso el destino,
 Que le llegase á ver desde el molino
 La punta de una oreja el molinero.
 Armado entonces de un garrote fiero,
 Dále de palos, llévalo á su casa;
 Divúlgase al contorno lo que pasa;
 Llegan todos á ver en el instante,
 Al que habian temido Leon reinante;
 Y haciendo mofa de su idéa necia,
 Quien mas le respetó mas le desprecia.
*Desde qué oí del Asno contar esto,
 Dos ochavos apuesto,
 Si es que Pedro Fernandez no se deja
 De andar con el disfraz de Caballero,
 A vueltas del vestido y el sombrero
 Que le han de ver ta punta de la oreja.*

FABULA VI.

LA GALLINA DE LOS RUEVOS DE ORO.

Erase una gallina que ponía
 Un huevo de oro al dueño cada día,
 Aun con tanta ganancia mal contento,
 Quiso el rico avariento
 Descubrir de una vez la mina de oro,

Y hallar en menos tiempo mas tesoro.
 Matóla: abrióla el vientre de contado;
 Pero despues de haberla registrado,
 ¿Qué sucedió? que muerta la Gallina
 Perdió su huevo de oro y no halló mina.
*¡Cuántos hay que teniendo lo bastante,
 Enriquecerse quieren al instante,
 Abrazando proyectos,
 A veces de tan rápidos efectos,
 Que solo en pocos meses,
 Cuando se contemplaban ya marqueses,
 Contando sus millones,
 Se vieron en la calle sin calzones!*

FABULA VII.

LOS CANGREJOS.

Los mas autorizados, los mas viejos
 De todos los Cangrejos,
 Una gran asamblea celebraron.
 Entre los graves puntos que trataron,
 A propuesta de un docto presidente,
 Como resolucion la mas urgente,
 Tomaron la que sigue: pues que al mundo
 Estamos dando ejemplo sin segundo
 El mas vil y grosero
 El andar hácia atrás como el soguero:
 Siendo cierto tambien que los ancianos
 Duros de pies y manos,
 Causándonos los años pesadumbre,
 No podemos vencer nuestra costumbre.
 Toda madre desde este mismo instante
 Ha de enseñar andar hácia adelante

s hijos: y dure la enseñanza
a quitar del mundo tal usanza.
as á la obra, dicen las Maestras
se creian diestras;

h dejar ninguno,
an á sus hijos uno á uno,
muevan sus patitas blandamente
a adelante sucesivamente.
o á paso al modo que podian
obedecian;
al ver á sus madres que marchaban
evés de lo que ellas enseñaban,
dando los nuevos rudimentos,
aban sus pasos mas contentos:
etian las madres sus lecciones;
no bastaban teóricas razones,
ue obraba en los jóvenes Cangrejos
un ejemplo mas que mil consejos.

Maestra se aflige y desconsuela
udiendo hacer práctica su escuela:
modo que en efecto
ndonaron todas el proyecto.
magistrados saben el suceso;
a pleno congreso
ueva ley al punto derogaron,
de que se aseguraron
ue en vano intentaban la reforma
ndo ellos no sabian dar la norma.
i es que la fuerza de las leyes
e ser el ejemplo de los reyes.

LAS RANAS SEDIENTAS.

Dos Ranas que vivian juntamente,
 En un verano ardiente
 Se quedaron en seco en su laguna.
 Saltando aquí y allí llegó la uoa
 A la orilla de un pozo;
 Llena entonces de gozo
 Gritó á su compañera:
 Ven, y sal lijera.
 Llegó, y estando entrambas á la orilla,
 Notando como grande maravilla
 Entre los agostados junco y heno
 El fresco pozo casi de agua lleno,
 Prorrumpió la primera: ¿á qué esperamos,
 Que no nos arrojamos
 Al agua que apacible nos convida?
 La segunda responde inadvertida:
 Yo tengo igual deseo,
 Pero pienso y preveo,
 Que aunque es fácil al pozo nuestra entrada
 La agua con los calores exhalada,
 Segun vaya faltando,
 Nos irá dulcemente sepultando,
 Y á tiempo que salir solicitemos
 En la estigia laguna nos veremos.
*Por consultar al gusto solamente
 Entra en la nasa el pez incautamente;
 El pájaro sencillo en la red queda,
 ¡Y en qué lazos el hombre no se enreda!*

FABULA IX.

EL CUERVO Y EL ZORRO.

En la rama de un árbol,
 Bien ufano y contento
 Con un queso en el pico
 Estaba el Señor Cuervo.
 Del olor atraído
 Un zorro muy maestro
 Le dijo estas palabras
 A poco mas ó menos:
 Tenga usted buenos días,
 Señor Cuervo mi dueño,
 Vaya que estais donoso,
 Mono, lindo en extremo,
 Yo no gasto lisonjas,
 Y digo lo que siento;
 Que si á tu bella traza
 Corresponde el gorjeo,
 Juró á la diosa Céres
 Siendo testigo el cielo,
 Que tú serás el fénix
 De sus vastos imperios.
 Al oír un discurso
 Tan dulce y alhagüeño,
 De vanidad llevado
 Quiso cantar el Cuervo.
 Abrió su negro pico,
 Dejó caer el queso,
 El muy astuto Zorro,
 Despues de haberlo preso,
 Le dijo: seor bobo,
 Pues sin otro alimento

Quedais con alabanzas

Tan hinchado y repleto,

Digerid las lisonjas

Mientras digiero el queso.

Quien oye aduladores,

Nunca espere otro premio.

FABULA X.

UN COJO Y UN PICARON.

A un buen Cojo un descortés,
Insultó atrevidamente,
Oyólo pacientemente
Continuando su carrera,
Cuando al son de la cojera
Dijo el otro: una, dos, tres,
Cojo es.
Oyólo el cojo: aquí fue
Donde el buen hombre perdió
Los estribos, pues le dió
Tanta cólera y tal ira,
Que la muleta le tira,
Quedándose, ya se vé,
Sobre un pie.
Solo el no poder correr
Para darte el escarmiento,
Dijo el Cojo, es lo que siento,
Que este mal no me atormenta
Porque al hombre solo afrenta
Lo que supo merecer,
Padecer.

FABULA XI.

EL CARRETERO Y HÉRCULES.

En un atolladero

El carro se atascó de Juan Regaña,

El á nada se mueve, ni se amaña,

Pero jura muy bien: gran carretero.

A Hércules invocó y el Dios le dice:

Alijera la carga, ceja un tanto,

Quita ahora ese canto,

¿Está? Sí, le responde, ya lo hice.

Pues enarbola el látigo y con eso

Puedes ya caminar. De esta manera,

Arreando á la Mohina y la Roncera,

Salió Juan con su carro del suceso.

Si haces lo que estuviere de tu parte,

Pide al Cielo favor: ha de ayudarte.

FABULA XII.

LA ZORRA Y EL CHIYO.

Una Zorra cazaba;

Y al seguir á un Gazapo.

Entre aquí se escabulle, allí lo atrapo,

En un pozo cayó que al paso estaba.

Cuando mas la afillia su tristeza

Por no hallar la infeliz salida alguna,

Vió asomarse al brocal por su fortuna

Del Chivo padre la gentil cabeza.

¿Qué tal? dijo el barbon, ¿la agua es salada?

Es tan duce, tan fresca y deliciosa,

Respondió la Raposa,

Que en el tal pozo estoy como encantada.

Al Agua el Chivo se arrojó sediento

Monta sobre él la Zorra, de manera

Que haciendo de sus cuernos escalera

Pilla el brocal y sale en el momento.

Quedó el pobre atollado, cosa dura.

¿Mas quién podrá á la Zorra dar castigo,

Cuando el hombre, aun á costa de su amigo,

Del peligro mayor salir procura?

FABULA XIII.

EL LOBO, LA ZORRA Y EL MONO JUEZ.

Un Lobo se quejó criminalmente

De que una Zorra astuta lo robase.

El mono Juez, como ella lo negase,

Dejólos alegar prolijamente.

Enterado, pronuncia la sentencia:

No consta que te falte nada, Lobo;

Y tú, Raposa, tú tienes el robo,

Dijo, y los despidió de su presencia.

Esta contradiccion es cosa buena,

La dijo el docto Mono con malicia.

Al perverso su fama lo condena,

Aun cuando alguna vez pida justicia.

FABULA XIV.

LOS DOS GALLOS.

Habiendo á su rival vencido un Gallo,

Quedó entre sus gallinas victorioso,

Mas grave, mas pomposo

Que el mismo gran Sultan en su Serrallo.

Desde lo alto pregona vocinglero
Su gran hazaña; el Gavilan lo advierte,
Lo pillá, lo arrebatá, y por su muerte
Quedó el rival señor del gallinero.

*Consuele al abatido tal mudanza,
Sirva tambien de ejemplo á los mortales
Que se juzgan exentos de los males
Cuando se ven en próspera bonanza.*

FABULA XV.

LA MONA Y LA ZORRA.

En visita una Mona

Con una Zorra estaba cierto día,

Y así ni mas ni menos la decia:

Por mi fe que teneis vella persona,

Gallardo talle, cara placentera,

Airosa en el andar como vos sola,

Y á no ser tan disforme vuestra cola,

Seriais en lo hermoso la primera.

Escuchad un consejo

Que ha de ser á los dos muy importante:

Yo os la he de cortar, y lo restante

Me lo acomodaré por zagalejo.

Abrenuncio, la Zorra le responde;

Es cosa para mi menos amarga,

Barrer el suelo con mi cola larga,

Que verla por pañal bien se yo donde.

Por ingenioso que el necesitado

Sea para pedir al avariento,

Este será de superior talento

Para negarse á dar de lo sobrado.

FABULA XVI

LA GATA MUJER.

Zapaquilda la bella
 Era gata doncella
 Muy recatada, no menos hermosa;
 Queríala su dueño por esposa
 Si Venus consintiese,
 Y en mujer á la Gata convirtiese.
 De agradable manera
 Vino en ello la Diosa placentera.
 Y vez á Zapaquilda en un instante
 Hecha moza gallarda, rozagante.
 Celébrase la boda;
 Estaba ya la sala nupcial toda
 De un lucido concurso coronada,
 La novia relamida, almidonada
 Junto al novio galán enamorado,
 Todo brillantemente preparado,
 Cuando quiso la Diosa
 Que cerca de la Esposa
 Pasase un ratoncillo de repente,
 Al punto que le vé, violentamente,
 A pesar del concurso y de su amante,
 Salta, corre tras él, y échale el guante.
*Aunque del valle humilde á la alta cumbre
 Inconstante nos mude la fortuna,
 La propension del natural es una
 En todo estado, y mas con la costumbre.*

FABULA XVII.

LA LEONA Y EL OSO.

Dentro de un bosque oscuro y silencioso,

Con un rugir continuo y espantoso,
Que en medio de la noche resonaba,
Una Leona á las fieras inquietaba.
Dícela un Oso: escúchame una cosa:
¿Qué tragedia horrorosa,
O qué sangrienta guerra,
Qué rayos, ó qué plagas á la tierra
Anuncia tu clamor desesperado
En el nombre de Júpiter airado?
¡Ah! mayor causa tienen mis rugidos.
Yo, la mas infeliz de los nacidos,
¿Cómo no moriré desesperada
Si me han robado el hijo? ¡ay desdichada!
¡Ola! con que eso es todo?
Pues si se lamentasen de ese modo
Las madres de los muchos que devoras,
Buena música hubiera á todas horas.
Vaya, vaya, consuélate como ellas,
No nos quiten el sueño tus querellas..
*A desdichas y males
Vivimos condenados los mortales.
A cada cual no obstante le parece,
Que de esta ley una excepcion merece.
Así nos conformamos con la pena
No cuando es propia si cuando es ajena.*

FABULA XVIII.

EL LOBO Y EL PERRO FLACO.

Distante de la aldea
Iba cazando un Perro,
Flaco, que parecia
Un andante esqueleto.

Cuando menos lo piensa

Un Lobo lo hizo preso.

Aquí de sus clamores,

De sus llantos y ruegos.

Decidme, señor Lobo,

¿Qué quereis de mi cuerpo.

Si no tiene otra cosa

Que huesos y pellejo?

Dentro de quinze dias

Casa á su hija mi dueño;

Y ha de haber para todos

Arroz y gallo muerto.

Dejadme ahora libre,

Que pasado este tiempo,

Podrás comerme á gusto,

Lucio, gordo y relleno.

Quedaron convenidos,

Y apenas se cumplieron

Los dias señalados,

El Lobo buscó al Perro.

Estábase en su casa

Con otro compañero,

Llamado Matalobos,

Mastín de los mas fieros.

Salen á recibirlo

Al punto que lo vieron.

Matalobos bajaba

Con corbatin de hierro.

No era el Lobo persona

De tantos cumplimientos;

Y así por no gastarlos,

Cedió de su derecho.

Huía y lo llamaban;

Mas él iba diciendo

Con el rabo entre piernas;
Pies, ¿para qué os quiero?
Hasta los niños saben
Que es de mayor aprecio
Un Pájaro en la mano
Que por el aire ciento.

FABULA XIX.

LA OVEJA Y EL CIERVO.

Un celemin de trigo
Pidió á la Oveja el Ciervo,
Si es que usted de mi paga desconfia,
A presentar me obligo
Un fiador desde luego,
Que no dará lugar á tener queja:
¿Y quién es ese? preguntó la Oveja,
Es un Lobo abonado, llano y lego.
¡Un Lobo! ya, mas hallo un embarazo:
Si no teneis mas fincas, que él sus dientes,
Y tú los pies para escapar valientes,
¿A quién acudiré cumplido el plazo?
Si quien es el que pide, y sus fiadores
Antes de dar prestado se axamina,
Será menor, sin otra medicina,
La peste de los malos pagadores.

FABULA XX.

LA ALFORJA.

En una alforja al hombro
Llevo los vicios;

Los agenos delante,
Detrás los mios.
Esto hacen todos;
Asi ven los agenos,
Mas no los propios.

FABULA XXI.

EL ASNO INFELIZ.

Yo conocí un Jumento
Que murió muy contento,
Por creer (y no aiera de camino)
Que así cesaba su fatal destino.
Pero la adversa suerte
Aun despues de su muerte
Lo persiguió: dispuso que al difunto
Le arrancasen el cuero luego al punto
Para hacer tamboriles,
Y que en los regocijos pastoriles
Bailasen las Zagalas en el prado
Al son de su pellejo baqueteado.
Quien por su mala estrella es infelice,
Aun muerto lo será: Fedro lo dice.

FABULA XXII.

EL JABALI Y LA ZORRA.

Sus horribles colmillos aguzaba
Un Jabali en el tronco de una encina,
La Zorra, que vecina
Del animal cerdoso se miraba,
Le dice, extraño el verte,

Siendo tú en paz, señor de la bellota,
Cuando ningun contrario te alborota,
Que tus armas afiles de esa suerte.

La fiera le responde: tengo oído
Que en la paz se prepara el buen guerrero
Asi como en la calma el marinero,
Y que vale por dos el prevenido.

FABULA XXIII

EL PERRO Y EL COCODRILLO.

Bebiendo un Perro en el Nilo,

Al mismo tiempo corria:

Bebe quieto le decia,

Un taimado Cocodrilo.

Díjole el perro prudente:

Dañoso es beber y andar;

Pero ¿es sano el aguardar

A que me claves el diente?

¡O que docto perro viejo!

Yo venero su sentir

En esto de no seguir

Del enemigo el consejo.

FABULA XXIV.

LA COMADREJA Y LOS RATONES.

Débil y flaca cierta Comadreja,

No pudiendo ya mas de puro vieja,

Ni cazaba ni hacia provisiones

De abundantes Ratones,

Como en tiempos pasados,

Que elegia los tiernos regalados
Para cubrir su mesa.
Solo de tarde en tarde hacia presa
En tal cual que pasaba muy cercano,
Gotoso, parálitico ó anciano.
Obligada del hambre cierto día,
Urdió el modo mejor con que saldría
De aquella pobre situacion hambrienta.
Pues la necesidad todo lo inventa.
Esta vieja taimada
Métese entre la harina amontonada;
Alerta y con cautela,
Cual suele en la garita el centinela,
Espera ansiosa su feliz momento
Para la ejecucion del pensamiento.
Llega el Raton sin conocer su ruina,
Y mete el hociquillo entre la harina;
Entonces ella le echa de repente
La garra al cuello, y al hocico el diente.
Con este nuevo ardiz tan oportuno
Se los iba embuchando de uno, en uno;
Y á merced de discurso tan extraño,
Logró sacar su tripa de mal año.
*Es feliz un ingenio interesante:
El nos ayuda, si el poder nos deja.
Y al ver lo que pasó á la Comadreja,
¿Quién no aguzará el suyo en adelante?*

FABULA XXV.

EL LOBO Y EL PERRO.

En busca de alimento
Iba un Lobo muy flaco y muy hambriento.

Encontró con un Perro tan relleno,
Tan lucio sano y bueno,
Que le dijo: yo extraño
Que estés de tan buen año,
Como se deja ver por tu semblante;
Cuando á mi mas pujante,
Mas osado y sagaz mi triste suerte.
Me tiene hecho retrato de la muerte.
El Perro respondió: sin duda alguna
Lograrás, si tu quieres, mi fortuna
Deja el bosque y el prado;
Retírate á poblado,
Servirás de portero
A un rico caballero,
Sin otro afán, ni mas ocupaciones,
Que defender la casa de ladrones.
Acepto desde luego tu partido,
Que para mucho mas estoy curtido.
Así me libraré de la fatiga
A que el hambre me obliga,
De andar por montes, sendereando peñas,
Trepando riscos y rompiendo breñas
Sufriendo de los tiempos los rigores,
Lluvias, nieves, escarchas y calores.
A paso diligente
Marchaban juntos amigablemente,
Tratando varios puntos de confianza
Pertenecientes á llenar la panza.
En esto el Lobo por algun recelo,
Que empezó á turbarle su consuelo,
Mirando al Perro, dijo: he reparado,
Que tienes el pescuezo algo pelado.
Díme: ¿qué es eso? Nada.
Dímelo por tu vida, camarada.

No es mas que la señal de la cadena:
 Pero no me dá pena;
 Pues aunque por inquieto
 A ella estoy sujeto,
 Me sueltan cuando comen mis señores;
 Recibenme á sus pies con mil amores:
 Ya me tiran el pan, ya la tajada,
 Y todo aquello que les desagrada;
 Este lo mal asado, .
 Aquel un hueso poco descarnado;
 Y aun el gloton que todo se lo traga,
 A lo menos me alhaga
 Pasándome la mano por el lomo;
 Yo meneo la cola, callo y como.
 Todo eso es bueno, yo te lo confieso,
 Pero por fin y postre, tú estás preso,
 Jamás sales de casa,
 No puedes ver lo que en el pueblo pasa.
 Es así. Pues amigo,
 La amada libertad que yo consigo
 No he de trocarla de manera alguna,
 Por tu abundante y próspera fortuna.
 Marcha, marcha á vivir encarcelado:
 No serás envidiado
 De quien pasea el campo libremente,
 Aunque tú comas tan glotonamente,
 Pan, tajadas y huesos, porque al cabo
 No hay bocado en sazón para un esclavo.

*Nec aliud quidquam per Fabellas quæritur;
 Quan corrigatur error ut mortalium,
 Aquatque sese diligens industria.*

—110—

LIBRO VI. (*)

Neque enim notare singulos meus est mihi:
Verum ipsam vitam, et more hominum ostendet.

PHEDR. FAB. PROL. LIB. III.

FABULA PRIMERA.

EL PASTOR Y EL FILOSOFO.

De los confusos pueblos apartado
Un anciano Pastor vivió en su choza,
En el feliz estado en que se goza
Existir ni envidioso ni envidiado.
No turbó con cuidados la riqueza
A su tranquila vida;
Ni la estremada mísera pobreza
Fué del dichoso anciano conocida.
Empleado en su labor gustosamente
Envejeció: sus canas, su experiencia

(*) A escepcion de un corto número de argumentos sacados de ESOPO PEDRO, y LA FONTAINE todos los asuntos contenidos en los Apólogos de los Libros VI. VII. y VIII. pertenecen al Fabulista inglés GAY. El libro IX es original.

**Y su virtud le hicieron finalmente
Respetable varon, hombre de ciencia.**

**Voló su grande fama por el mundo,
Y llevado de nueva tan estraña,
Acercóse un Filósofo profundo
A la humilde cabaña.**

**Y preguntó al Pastor, dime: ¿en qué escuela
Te hiciste sábio? ¿acaso te ocupaste
Largas noches leyendo á la candela?
¿A Grecia y Roma sábias observaste?
¿Sócrates refinó tu entendimiento?
¿La ciencia de Platon has tú medido?
¿O pesaste de Tulio el gran talento?
¿O tal vez como Ulises has corrido
Por ignorados pueblos y confusos,
Observando costumbres, leyes y usos?**

**Ni las letras seguí, ni como Ulises
(Humildemente respondió el anciano)
Discurrí por incógnitos paises.**

**Sé que el género humano
En la escuela del mundo lisonjero
Se instruye en el doblez y en la patraña:
Con la ciencia que engaña,**

**¿Quién podrá hacerse sábio verdadero?
Lo poco que yo sé, me lo ha enseñado
Naturaleza en fáciles lecciones:
Un ódio firme al vicio me ha inspirado:
Ejemplo de virtud dá á mis acciones.**

**Aprendí de la Aveja lo industrioso,
Y de la hormiga, que en guardar se afana,
A pensar en el día de mañana.**

**Mi Mastin el hermoso,
Y fiel sin semejante,
De gratitud y lealtad constante**

Es el mejor modelo,
Y si acierto á copiarle me consuelo.
Si mi nupcial amor lecciones toma,
Las encuentra en la cándida paloma.
La gallina á sus pollos abrigando
Con sus piadosas alas como madre,
Y las sencillas aves aun volando,
Me prestan reglas para ser buen padre.

Sábía naturaleza, mi maestra,
Lo malo y lo ridículo me muestra
Para hacérmelo odioso.
Jamás hablo á las gentes
Con aire grave, tono jactancioso;
Pues saben los prudentes,
Que lejos de ser sábio el que así hable,
Será un Buho solemne despreciable.
Un hablar moderado,
Un silencio oportuno
En mis conversaciones he guardado:
El hablador molesto é importuno
Es digno de desprecio:

Quien escuche á la Urraca será un necio.

A los que usan la fuerza y el engaño
Para el ageno daño,
Y usurpan á los otros su derecho,
Los debe aborrecer un noble pecho.
Unanse con los lobos en la caza,
Con Milanos y Alcones,
Con la maldita serpentina raza,
Caterva de carnívoros ladrones;
Mas ¡qué dije! Los hombres tan malvados
Ni aun merecen tener estos aliados.
No hay daño ni animal tan peligroso
Como el usurpador y el envidioso.

Por último, en el libro interminable
De la naturaleza yo medito;
En todo lo creado es admirable:
Del ente mas sencillo y pequeñito
Una contemplacion profunda alcanza,
Los mas preciosos frutos de enseñanza.

Tu virtud acredita, buen anciano,
(El Filósofo esclama)

Tu ciencia verdadera y justa fama,
Vierte el género humano

En sus libros y escuelas sus errores;
En preceptos mejores

Nos dá naturaleza su doctrina;

Así quien sus verdades examina

Con la meditacion y la experiencia,

Llegará á conocer virtud y ciencia.

FABULA II.

EL HOMBRE Y LA FANTASMA.

Un jóven licencioso

Se hallaba en un estado vergonzoso

Con sus males secretos retirado:

En soledad, doliente, exasperado,

Cavila, llora, canta, jura, reza,

Como quien ha perdido la cabeza.

¿Te falta la salud? Pues caballero,

De todo tu dinero,

Nobleza, juventud y poderío

Sábetе que me rio;

Trata de recobrarla, pues perdida,

¿De qué sirven los bienes de la vida?

Todo esto una Fantasma le previno,

Y al instante se fué como se vino.
El enfermo se cuida, se repone.
Un nuevo plan de vida se propone:
En efecto, se casa,
Cércanle los cuidados de la casa,
Que se van aumentando de hora en hora.
La muger (Dios nos libre) gastadora,
Aun mucho mas que rica
Los hijos y las deudas multiplica;
De modo que el marido,
Mas que nunca aburrido,
Se puso bajo un pié de economía,
Que estrechándola mas de día en día,
Al fin se enriqueció con opulencia.
La Fantasma le dice: en mi conciencia
Que te veo amarillo como el oro,
Tienes tu corazon en el tesoro.
Mira sobre tu pecho acongojado
El puñal del ladron enarbolado,
Las noches pasas en mortal desvelo:
¡Y así quieres vivir...? ¡Qué desconsuelo!
El hombre, como caso milagroso,
Se trasformó de avaro en ambicioso.
Llegó dentro de poco á la privanza:
¡El señor don dinero qué no alcanza!
La Fantasma le muestra claramente
Un falso confidente:
Cien traidores amigos,
Que quieren ser autores y testigos
De su pronta caída.
Resuélvese á dejar aquella vida,
Y ya desengañado,
En los campos se mira retirado.
Buscaba los placeres inocentes

En las flores y frutas diferentes.
¿Quieren ustedes creer (esto me pasma)
Que aun allí le persigue la Fantasma?
Los insectos, los hielos y los vientos,
Todos los elementos,
Y las plagas de todas estaciones
Han de ser en el campo tus ladrones.
¿Pues adonde irá el pobre caballero?
Digo que es un solemne majadero
Todo aquel que pretende
Vivir en este mundo sin su duende.

FABULA III.

EL JAVALI Y EL CARNERO.

De la rama de un árbol un Carnero
Degollado pendía:
En el á sangre fría
Cortaba el remangado carnicero.
El rebaño inocente,
Que el trágico espectáculo miraba,
De miedo ni pacia ni balaba.
Un Jalvalí gritó: cobarde gente;
Que mirais la carnívora matanza,
¿Cómo no os vengais del enemigo?
(Tendrá dijo un carnero) su castigo,
Mas no de nuestra parte la venganza.
La piel, que arranca con sus propias manos,
Sirve para los pleitos y la guerra,
Las dos mayores plagas de la tierra
Que afligen á los míseros humanos.
Apenas nos desuellan se destina
Para hacer pergaminos y tambores:

*Mira como los hombres malhechores
Labran en su maldad su propia ruina.*

FABULA IV.

EL RAPOSO, LA MUGER Y EL GALLO.

Con las orejas gachas,
Y la cola entre piernas,
Se llevaba un Raposo
Un gallo de la aldea.
Muchas gracias al alba,
Que pudo ver la fiesta
Al salir de su casa
Juana la madruguera.
Como una loca grita:
Vecinos, que le lleva,
Que es el mio, vecinos.
Oye el Gallo las quejas
Y le dice el Raposo:
Oyes, gran embustera;
No es tuyo, sino mio,
El mismo lo confiesa.
Mientras esto decia,
El Gallo libre vuela,
Y en la copa de un árbol
Canta que se las pela.
El Raposo burlado,
Huyó; ¡quién lo creyera!
Yo, pues, á mas de cunfro,
Muy Zorzos en sus tretas,
Por hablar á destiempo
Los vi perder la presa.

EL FILOSÓFO Y EL RUSTICO.

La del Alba sería

La hora en que un Filósofo salía

A meditar el campo solitario,

En lo hermoso y lo vario

Que á la luz de la aurora nos enseña

Naturaleza entonces mas risueña.

Distraido sin senda caminaba,

Cuando llegó á un cortijo donde estaba

Con un martillo el Rústico en la mano,

En la otra un Milano,

Y sobre una portátil escalera.

¿Qué haces de esa manera?

El Filósofo dijo:

Castigar á un ladron de mi cortijo,

Que en mi corral ha hecho mas destrozos

Que todos los ladrones en Torozos.

Le clavó en la pared... ya estoy contento,

Sirve á toda tu raza de escarmiento,

El matador es digno de la muerte

(El sábio dijo); mas sí de esa suerte

El Milano merece ser tratado,

¿De qué modo será bien castigado

El hombre sanguinario, cuyos dientes

Devoran infinitos inocentes;

Y cuenta como mísera su vida

Si no hace de cadáveres comida?

Y aun tú, que así castigas los delitos,

Cenarías á noche tus pollitos.

Al mundo le encontramos de este modo

(Dijo airado el Patan), y sobre todo,

Si lo mismo son hombres que Milanos,
 Guárdense no le pille entre mis manos.
 El sábio se dejó de reflexiones.
Al tirano le ofenden las razones
Que demuestran su orgullo y tiranía,
Mientras por su sentencia cada día,
Muere (viviendo él mismo impunemente)
Por menores delitos otra gente.

FABULA VI.

LA PAVA Y LA HORMIGA.

Al salir con las yuntas
 Los criados de Pedro,
 El corral se dejaron
 De par en par abierto.
 Todos los pavipollos
 Con su madre se fueron
 Aquí y allí picando
 Hasta el cernano otero.
 Muy contenta la Pava
 Decía á sus polluelos:
 Mirad, hijos, el rastro
 De un copioso hormiguero.
 Ea, comed Hormigas,
 Y no tengais recelo,
 Que yo tambien las como:
 Es un sabroso cebo.
 Picad, queridos mios,
 ¡O que dios los nuestros
 Si no hubiese en el mundo
 Malditos cocineros!
 Los hombres nos devoran.,

Y todos nuestros cuerpos
Humean en las mesas
De nobles y plebeyos.
A cualquier fiestecilla
Ha de haber Pavos muertos.
¡Qué pocas navidades
Contaron mis abuelos!
¡O glotones humanos,
Cruels carniceros?
Mientras tanto una Hormiga
Se puso en salvamento
Sobre un árbol vecino,
Y gritó con denuedo:
¡Ola! con que los hombres
Son crueles, perversos;
¡Y qué sereis los Pavos?
Ay de mi! ya lo veo:
A mis tristes parientes,
¡Qué digo! á todo el pueblo
Solo por desayuno
Os le vais engullendo.
No respondió la Pava
Por no saber un cuento
Que era entonces del caso,
Y ahora viene á pelo.
Un gusano roía
Un grano de centeno.
Viéronlo las Hormigas:
¡Qué gritos! ¡qué aspavientos!
Aquí fué Troya (dicen)
Muere, pícaro perro.
Y ellas, ¿qué hacían? Nada;
Robar todo el granero.
Hombres, Pavos, Hormigas,

*Segun estos ejemplos,
Cada cual en su libro
Esta moral tenemos.
La falla leve en otro
Es un pecado horrendo;
Pero el delito propio
No mas que pasatiempo.*

FABULA VII.

EL ENFERMO Y LA VISION.

Con que de tus recetas esquisitas
(Un enfermo exclamó) ninguna alcanza!....
El médico se fué sin esperanza,
Contando por los dedos sus visitas.
Así desengañado,
Y creciendo por horas su dolencia,
De este modo examina su conciencia.
En todos mis contratos he logrado
(No lo niego) ganancia muy segura.
Trabajé en calcular mis intereses,
Aumenté mi caudal en pocos meses,
Mas por felicidad que por usura:
Sin rencor ni malicia
Hice que á mi deudor pusiesen preso,
Murió pobre en la cárcel, lo confieso;
Mas en fin es un hecho de justicia.
Si por cierto instrumento
Reduje una familia muy honrada
A pobreza estremada.
Algun dia leerán mi testamento.
Entonces (muerto yo) se hará patente
En la tierra, lo mismo que en el cielo.

Para alivio de pobres y consuelo,
Mi caridad ardiente,
Una Vision se acerca y dice: hermano,
La esperanza condeno
Del que aguarda á morir para ser bueno:
Una accion de piedad está en tu mano.

Tus prógimos, segun sus oraciones,
Están necesitados:

Para ser remediados
Han menester siquiera cien doblones....
¡Cien doblones! No es nada.

Y si, porque Dios quiera, no me muero,
Y despues me hace falta ese dinero,
¿Sería caridad vien ordenada?....

Avaro, ¿te resistes? Pues al cabo
Te anuncio que tu muerte está cercana,
¿Me muero? Pues que esperen á mañana.
La Vision se volvió sin un ochavo.

FABULA VIII.

EL CAMELLO Y LA PULGA.

Al que ostenta valimiento,
Cuando su poder es tal,
Que ni influye en bien ni en mal,
Le quiero contar un cuento.

En una larga jornada,
Un camello muy cargado
Esclamó ya fatigado:
¡O que carga tan pesada!
Doña Pulga, que montada
Iba sobre él, al instante
Se apea, y dice arrogante:

Del peso te libro yo.
El Camello respondió:
Gracias, señor Elefante.

FABULA IX.

EL CERDO, EL CARNERO Y LA CABRA.

Poco antes de morir el corderillo
Lame alegre la mano y el cuchillo
Que han de ser de su muerte el instrumento,
Y es feliz hasta el último momento.
Así, cuando es el mal inevitable,
Es quien menos prevee mas envidiable.
Bien oportunamente mi memoria
Me presenta al Lechon de cierta historia.

Al mercado llevaba un Carretero
Un Marrano, una Cabra y un Carnero.
Con perdon el Cochino
Clamaba sin cesar en el camino:
¡Esta sí que es miseria!
Perdido soy me llevan a la feria.
Así gritaba: mas ¡con qué gruñidos!
No dió en su esclavitud tales gemidos
Hécuba la infelice.
El Carretero al gruñidor le dice:
¡No miras al Carnero y la Cabra,
Que vienen sin hablar una palabra?
¡Ay, señor. (le responde) ya lo veo!
Son tontos, y no piensan. Yo preveo
Nuestra muerte cercana.
A los dos por la leche y por la lana
Quizá no matarán tan prontamente;
Pero á mi que soy bueno solamente

Para pasto del hombre.... no lo dudo,
Mañana comerán de mi menudo.
A Dios pocilga, á Dios gamella mia,
Sutilmente su muerte preveía.
¿Mas qué lograba el pensador Marrano?
Nada, sino sentirla de antemano.
*El dolor y las ayes es seguro
Que no remediarian el mal futuro.*

FABULA X.

EL LEON, EL TIGRE Y EL CAMINANTE.

Entre sus fieras garras oprimía
Un Tigre á un Caminante.
A los tristes quejidos al instante
Un Leon acudió: con bizarria
Lucha, vence á la fiera, y lleva al hombre
A su regia caverna. Toma aliento,
(Le dice el Leon) nada te asombre:
Soy tu libertador, estame atento.
¿Habrá bestia sañuda y enemiga
Que se atreva á mi fuerza incomparable?
Tú puedes responder; ó que lo diga
Esta pintada fiera despreciable.
Yo, yo solo Monarca poderoso,
Domino en todo el bosque dilatado.
¿Cuántes veces la Onza, y aun el Oso,
Con su sangre el tributo me han pagado!
Los despojos de pieles y cabezas,
Los huesos que blanquean este piso,
Dan el mas claro aviso
De mi valor sin par y mis proezas.
Es verdad, dijo el hombre, soy testigo:

Los triunfos miro de tu fuerza airada,
Contemplo á tu nacion amedrentada.
Al librarme venciste á mi enemigo.
En todo esto, señor, (con tu licencia)
Solo es digna del trono tu clemencia.
Sé benéfico, amable,
En lugar de despótico tirano:
Porque, señor, es llano,
Que el Monarca será mas venturoso
Cuando hiciere á su pueblo mas dichoso.

Con razon has hablado,
Y ya me causó pena
El haber yo buscado
Mi propia gloria en la desdicha agena.
En mis jóvenes años
El orgullo produjo mil errores,
Que me los ha encubierto con engaños
Una corte servil de aduladores.
Ellos me aseguraban de consierto
Que por el mundo todo
No reinan los humanos de otro modo:
Tú lo sabrás mejor: dime, ¿y es cierto?

FABULA XI.

LA MUERTE.

Pensaba en elegir la Reina Muerte
Un Ministro de Estado,
Le queria de suerte
Que hiciese floreciente su reinado.
El Tabardillo, Gota, Pulmonía,
Y todas las demas enfermedades
Yo, conozco, decia,

Que tienen excelentes calidades.
 ?Mas qué importa? La peste, por ejemplo,
 Un Ministro sería sin segundo;
 Pero ya por inútil la contemplo.
 Habiendo tanto Médico en el mundo.
 Uno de estos elijo... Mas no quiero,
 Que están muy bien premiados sus servicios
 Sin otra recompensa que el dinero.
 Pretendieron la plaza algunos vicios,
 Alegando en su abono mil razones.
 Consideró la Reina su importancia;
 Y despues de maduras reflexiones,
 El empleo ocupó la intemperancia.

FABULA XII.

EL AMOR Y LA LOCURA.

Habiendo la Locura
 Con el amor reñido,
 Dejó ciego de un golpe
 Al miserable niño.
 Venganza pide al cielo
 Venus; mas ¡con qué gritos!
 Era madre y esposa,
 Con esto queda dicho.
 Queréllase á los Dioses
 Presentando á su hijo:
 ¿De qué sirven las flechas,
 De qué el arco á Cupido
 Faltándole la vista
 Para asestar sus tiros!
 Quítensele las alas,
 Y aquel ardiente cirio,

Si á su luz ser no pueden
Sus vuelos dirijidos,
Atendiendo á que el ciego
Siguiese su ejercicio,
Y á que la delincuente
Tuviese su castigo,
Júpiter, Presidente
De la asamblea, dijo:
Ordeno á la Locura
Desde este instante mismo
Que eternamente sea
De amor el Lazarillo.



—125—
LIBRO VII.

FABULA PRIMERA.

EL RAPOSO ENFERMO.

El tiempo, que consume de hora en hora
Los fuertes murallones elevados,
Y lo mismo devora
Montes agigantados,
A un Raposo quitó de día en día
Dientes, fuerza, valor, salud, de suerte
Que él mismo conocia
Que se hallaba en las garras de la muerte.
Cercado de parientes y de amigos,
Dijo en trémula voz y lastimera:
¡O vosotros testigos
De mi hora postrera.

Atentos escuchad un desengaño!
Mis ya pasadas culpas me atormentan:
Ahora conjuradas en mi daño,
¿No veis como á mi lado se presentan?
Mirad, mirad los Gansos inocentes
Con su sangre teñidos,
Y los Pavos en parte diferentes
Al furor de mis garras divididos.

Apartad esas aves que aquí veo,
Y me piden sus pollos devorados:
Su infernal cacareo
Me tienen los oídos penetrados.

Los Raposos le afirman con tristeza,
(No sin lamerse labios y narices)

Tienes debilitada la cabeza,
Ni una pluma se ve de cuanto dices.

Y bien lo puedes creer, que si se viese...

¡O glotones! callad: ya os entiendo,
El enfermo exclamó: ¡si yo pudiese
Corregir las costumbres cual pretendo!

¿No sentís que los gustos,
Si son contra la paz de la conciencia,
Se cambian en disgustos?

Tengo de esta verdad gran experiencia.

Espuestos á las trampas y á los perros,

Matais y perseguís á todo trapo
En la aldea gallinas, y en los cerros
Los inocentes lomos del Gazapo.

Moderad, hijos míos, las pasiones:

Observad vida quieta y arreglada,

Y con buenas acciones

Ganareis opinion muy estimada.

Aunque nos convirtamos en corderos,

Le respondió un oyente sentencioso,

Otros han de robar los galliteros

A costa de la fama del Raposo.

Jamas se cobra la opinion perdida:

Esto es lo uno: á mas, ¿usted pretende

Que mudemos de vida?

Quien malas mañas há... ya usted me entiende.

Sin embargo, hermanito, crea, crea...

(El enfermo le dijo). Mas ¡qué siento!...

¿No oís que una gallina cacarea?

Esto si que no es cuento.

A Dios, sermon: escápase la gente;

El enfermo orador esfuerza el grito:

¿Os vais, hermanos? Pues tened presente

Que no me haria daño algun pollito.

FABULA II.

LAS EXEQUIAS DE LA LEONA.

En su regia caverna inconsolable
 El rey León yacía,
 Porque en el mismo día
 Murió (¡cruel dolor!) su esposa amable.
 A palacio la corte toda llega,
 Y en fúnebre aparato se congrega,
 En la cóncabá gruta resonaba
 Del triste rey el doloroso llanto.
 Allí los cortesanos entre tanto
 También gemían por que el rey lloraba:
 Que si el viudo monarca se riera,
 La corte lisonjera
 Trocára en risa el lamentable paso:
 Perdoné la difunta, voy al caso.
 Entre tanto sollozo
 El Ciervo no lloraba (yo lo creo),
 Porque lleno de gozo
 Miraba ya cumplido su deseo.
 La tal reina le había devorado
 Un hijo y la muger al desdichado.
 El ciervo, en fin, no llora:
 El concurso lo advierte,
 El monarca lo sabe, y en la hora
 Ordena con furor darle la muerte.
 ¿Cómo podré llorar, el Ciervo dijo,
 Si apenas puedo hablar de regocijo?
 Ya disfruta, gran rey, mas venturosa
 Los Elíseos campos vuestra esposa:
 Me lo ha revelado á la venida,
 Muy cerca de la gruta aparecida.

Me mandó lo callese algun momento.
 Porque gusta mostreis el sentimiento!
 Dijo así: y el concurso cortesano
 Aclamó por milagro la patraña.
 El ciervo consiguió que el soberano
 Cambiase en amistad su fiera saña.

Los que en la indignacion han incurrido
De los grandes señores
A veces su favor han conseguido
Con ser aduladores.
Mas no por esto advierto
Que el medio sea justo; pues es cierto
Que á mas Principes vicia
La adulacion servil, que la malicia.

FABULA III

EL POETA Y LA ROSA

Una fresca mañana
 En el florido campo
 Un Poeta buscaba
 Las delicias de Mayo
 Al peso de las flores
 Se inclinaban los ramos,
 Como para ofrecerse
 Al huésped solitario.
 Una Rosa lozana,
 Movida al aire blando,
 Le llama, y él se acerca;
 La toma y dice ufano:
 Quiero, Rosa, que vayas
 No mas que por un rato
 A que la hermosa Clori

Te reciba en su mano.
Mas no, no pobrecita,
Que si vas á su lado,
Tendrás de su hermosura
Unos celos amargos.
Tu suave fragancia,
Tu color delicado,
El verdor de tus hojas,
Y tus pimpollos caros
Entre estas florecillas
Pueden ser alabados;
Mas junto á Clori bella
Es locura el pensarlo.
Marchita, cavizbaja
Te irias deshojando,
Hasta parar tu vida
En un desnudo cabo.

La Rosa, que hasta entonces
No despegó sus labios,
Le dijo resentida
Poeta chavacano,
Cuando á un héroe quieras
Coronar con el lauro,
Del jardin de sus hechos
Has de cortar los ramos.
Por labrar su corona
No es justo que tus manos
Desnuden otras sienes
Que la virtud y el mérito adornaron.

FABULA IV.

EL BUHO Y EL HOMBRE.

Vivia en un granero retirado

Un reverendo Buho dedicado
A sus meditaciones,
Sin olvidar la caza de ratones.
Se dejaba ver poco, mas con arte:
Al Gran Turco imitaba en esta parte.
El dueño del granero
Por azar advirtió que en un madero
El pájaro nocturno
Con gravedad estaba taciturno.
El hombre le miraba, se reía:
¡Qué carita de pascua! le decía.
¿Puede haber mas ridículo visaje?
Vaya que eres un raro personaje.
¿Por qué no has de vivir alegremente
Con la Pájara gente,
Seguir desde la aurora
A la turba canora
De Gilgueros, Calandrias, Ruiseñores.
Por valles, fuentes, árboles y flores?
Piensas á lo vulgar: eres un necio.
Dijo el solemne Buho con desprecio:
Mira, mira, ignorante,
A la sabiduría en mi semblante,
Mi aspecto, mi silencio, mi retiro,
Aun yo mismo lo admiro.
Si rara vez me digno, como sabes,
De visitar la luz, todas las aves,
Me siguen y rodean, desde luego
Mi mérito conocen, no lo niego.
¡Ah, tonto presumido!
(El hombre dijo así) ten entendido
Que las aves, muy lejos de admirarte,
Te siguen y rodean por burlarte.
De ignorante orgulloso te motejan,

Como yo á aquellos hombres que se alejan
Del trato de las gentes,
Y con estravagancias diferentes
Han llegado á Doctores de la ciencia
De ser sábios no mas que en la apariencia.
De esta suerte de locos
Hay hombres como buhos y no pocos.

FABULA V.

LA MONA.

Subió una Mona á un nogal
Y cogiendo una nuez verde,
En la cáscara la muerde,
Con que la supo muy mal:
Arrojóla el animal,
Y se quedó sin comer.
Asi suele suceder
A quien su empresa abandona,
Porque halla como la Mona
Al principio que vencer.

FABULA VI.

ESOPO Y UN ATENIENSE.

Cercado de muchachos,
Y jugando á las nueces,
Estaba el viejo Esopo
Mas que todos alegre.
¡Ah pobre! ya chochea
Le dijo un Ateniense.
En respuesta el Anciano

Coje un arco que tiene
La cuerda floja, y dice:
Ea, si es que lo entiendes,
Dime, ¿qué significa
El arco de esta suerte?
Lo examina el de Aténas,
Piensa, cavila, vuelve,
Y se fatiga en vano,
Pues que no le comprende.
El Frigio victorioso
Le dijo: Amigo, advierte
Que romperás el arco
Si está tirante siempre:
Si flojo ha de servirte
Cuando tú lo quisieres.
*Si al ánimo estudioso
Algun recreo dieres,
Volverá á sus tareas
Mucho mas útilmente.*

FABULA VII.

DEMETRIO Y MENANDRO.

*Si te falta el buen nombre,
Fabio, en vano presumes
Que en el mundo te tengan por grande hombre,
Sin mas que por tus galas y perfumes.*

Demetrio el Faleriano se apodera
De Atenas; y aunque fué con tiranía,
Los del vulgo le aclaman á porfía.
Los grandes y los nobles distinguidos
De agradable manera,
Con fingido placer la mano besan

Que los tiene oprimidos
Aun á los que en el ócio se embelesan.
Y á la poltrona gente
Los arrastra el temor al cumplimiento:
Con ellos va Menandro juntamente,
Dramático escritor de gran talento,
Cuyas obras leyó sin conocerle
Demetrio. Con perfumes olorosos,
Y pasos afectados entra: al verle
Llegar entre los tardos perezosos,
El nuevo Archonte prorrumpió enojado;
¿Con qué valor se pone en mi presencia
Ese hombre afeminado?
Señor, le respondió la concurrencia,
Es Menandro el autor. Al punto muda
De semblante el tirano:
Al escritor saluda,
Y con grata espresion le dá la mano.

FABULA VIII.

LAS HORMIGAS.

Lo que hoy las hormigas son
Eran los hombres antaño.
De lo propio y de lo extraño
Hacian su prpvision.
Júpiter, que tal pasion
Notó de siglos atrás,
No pudiendo aguantar mas,
En Hormigas los trasforma.
Ellos mudaron de forma
¿Y de costumbres? jamás.

FABULA IX.

LOS GATOS ESCRUPULOSOS.

A las once, y aun mas de la mañana,
 La cocinera Juana,
 Con pretesto de hablar á la vecina,
 Se sale, cierra, y deja en la cocina
 A *Micifuf* y *Zapiron* hambrientos.
 Al punto (pues no gastan cumplimientos
 Gatos enhambrecidos)
 Se avanzan á probar de los cocidos.
 Fú, dijo *Zapiron*, maldita olla,
 Cómo abrasa! Veamos esa polla
 Que está en el asador lejos del fuego.
 Ya tambien escaldado, desde luego
 Se arrima *Micifuf* y en un instante
 Muestra cada trinchante
 Que en el arte cisoria, sin gran pena,
 Pudiera dar lecciones á Villena.
 Concluido el asunto
 El señor *Micifuf* tocó este punto.
Utrum, si se podia ó no en conciencia
 Comer el asador. ¡Oh qué demencia,
 (Esclamó *Zapiron* en altos gritos)
 Cometer el mayor de los delitos!
 ¿No sabes que el herrero
 Ha llevado por él mucho dinero,
 Y que, si bien la cosa se examina,
 Entre la batería de cocina
 No hay un mueble mas sério y respetable?
 Tu pasion te ha engañado, miserable.
Micifuf en efecto
 Abandonó el proyecto.

Pues eran los dos Gatos
De suerte timoratos,
Que si el diablo, tentando sus pasiones,
Les pudiese asadores á millones,
(No hablo yo de las pollas) ó me engaño,
O no comieran uno en todo el año.

DE OTRO MODO.

¿Qué dolor! por un descuido

Micifus y Zapiron

Se comieron un capon,

En un asador metido.

Despues de haberse lamido

Trataron en conferencia

Si obrarian con prudencia

En comerse el asador.

¿Le comieron? No señor:

Era caso de conciencia.

FABULA X.

EL AGUILA, Y LA ASAMBLEA DE LOS ANIMALES.

Todos los Animales cada instante
Se quejaban á Júpiter Tonante
De la misma manera
Que si fuese un alcalde de montera.
El dios (y con razon) amostazado,
Viéndose importunado,
Por dar fin de una vez á las querellas,
En lugar de sus rayos y centellas,
De recetor envia desde el cielo

Al Aguila rapante, que de un vuelo
 En la tierra juntó los animales,
 Y espusieron en suma cosas tales.
 Pidió el Leon la astucia del Raposo
 Este de aquel lo fuerte y valeroso,
 Envidia la Paloma al Gallo fiero,
 El Gallo á la Paloma en lo lijero,
 Quiere el Sabueso patas mas felices,
 Y cuenta como nada sus narices;
 El Galgo lo contrario solicita;
 Y en fin (cosa inaudita)
 Los Peces de las hondas ya cansados
 Quieren poblar los bosques y los prados;
 Y las Bestias, dejando sus lugares,
 Surcar las olas de los anchos mares.

Despues de oirlo todo,
 El Aguila concluye de este modo:
 ¿Ves, maldita caterva impertinente,
 Que entre tanto viviente
 De uno y otro elemento,
 Pues nadie está contento,
 No se encuentra feliz ningun destino?
 ¿Pues para qué envidiar el del vecino?
 Con solo este discurso
 Aun el bruto mayor de aquel concurso
 Se dió por convencido.

*De modo que es sabido
 Que ya solo se matan los humanos
 En envidiar la suerte á sus hermanos.*

FABULA XI.

LA PALOMA.

Un pozo pintado vió

Una paloma sedienta:
Tiróse á él tan violenta,
Que contra la tabla dió:
Del golpe al suelo cayó,
Y allí muere de contado.

*De su apetito guiado,
Por no consultar al juicio,
Así vuela al precipicio
El hombre desenfrenado.*

FABULA XII.

EL CHIVO AFEITADO.

Vaya una quisicosa.
Si aciertas, Juana hermosa,
Cuál es el animal mas presumido,
Que rabia por hacerse distinguido
Entre sus semejantes,
Te he de regalar un par de guantes.
No es el Pavon, ni el Gallo,
Ni el Leon, ni el Caballo,
Y así no me fatigues con demandas.
¿Será tal vez el Mono? Cerca le andas.—
¿El Mico?—que te quemas:
Pero no acertarás: no, no lo temas.
Déjalo, no te canses el caletre,
Yo te diré cual es: el *Petimetre*.
Este vano orgulloso
Pierde tiempo, doblones y reposo
En hacer distinguida su figura.
No para en los adornos su locura.
Hace estudio de gestos y de acciones
A costa de violentas contorsiones;

De perfumes va siempre prevenido:
No quiere oler á hombre ni en descuido.
Que mire, marche ó hable,
En todo busca hacerse *remarcable*.
¿Y qué consigue? Lo que todo necio:
Cuanto mas se distingue, mas desprecio.
En la historia siguiente yo me fundo.
Un Chivo, como muchos en el mundo,
Vano estremadamente,
Se miraba al espejo de una fuente;
¡Qué lástima, decia,
Que esté mi juventud y lozanía
Por siempre disfrazada
Debajo de esta barba tan poblada!
¿Y cuándo? Cuando en todas las naciones
No tienen ni aun vigotes los varones;
Pues ya cuentan que son los Moscovitas
Si barbones ayer, hoy señoritas.
¡Qué cabrunos estilos tan groseros!
A bien que estoy en tierra de barberos.
La historia fue en Tetuan, y todo el día
La barberil guitarra se sentia:
El Chivo fue guiado de su tono
A la tienda de un Mono
Barberillo afamado,
Que afeitó al señorito de contado.
Sale barbilampiño á la campaña,
Al ver una figura tan estraña
No hubo Perro ni Gato
Que no le hiciese burla al mentecato.
Los chivos le desprecian de manera
Que no hay mas que decir, ¡Quién lo creyera!
Un respetable Macho
Dicen que se rió como un muchacho.

LIBRO VIII.

FABULA PRIMERA.

EL NAUFRAGIO DE SIMÓNIDES.

A ELISA.

En tanto que tus vanas compañeras
Cercadas de Galanes seductores
Escuchan placenteras
En la escuela de Venus los amores,
Elisa, retirada te contemplo
De la diosa Minerva al sacro templo,
Ni eres menos donosa,
Ni menos agraciada
Que Clori, ponderada
De gentil y de hermosa,
Pues, Elisa divina, ¿por qué quieres
Huir en tu retiro los placeres?
¡Oh sabia, qué bien haces
En estimar en poco la hermosura,
Los placeres fugaces,
El bien que solo dura
Como rosa que el ábrego marchita!
Tu prudencia infinita
Busca el sólido bien y permanente
En la virtud y ciencia solamente.
Cuando el tiempo implacable con presteza,
O los males tal vez inopinados
Se lleven la hermosura y gentileza,
Con lágrimas estériles llorados

Serán aquellos días que se fueron,
Y á juegos vanos tus amigos dieron:
Pero á tu bien estable
No hay tiempo ni accidente que consuma,
Siempre serás feliz, siempre estimable.
Eres sábia, y en suma
Este bien de la ciencia no perece:
Oye como esta fábula lo esplica
Que mi respeto á tu virtud dedica.
Simónides en Asia se enriquece
Cantando á justo precio los loores
De algunos generosos vencedores.
Este sábio Poeta, con deseo
De volver á su amante patria Ceo,
Se embarca, y en la mar embrabecida
Fué la mísera nave sumergida.
De la gente á las hondas arrojada
Sale quien diestro nada,
Y el que nadar no sabe,
Fluctúa en las reliquias de la nave.
Pocos llegan á tierra afortunados
Con las náufragas tablas abrazados,
Todos cuantos el oro recogieron,
Con el peso abrumados perecieron.
A Clecémone van: allí vivia
Un varón literato que leia
Las obras de Simónides, de suerte,
Que al conversar los náufragos, advierte,
Que Simónides habla, y en su estilo
Le conoce, le presta todo asilo
De vestidos, criados y dineros;
Pero á sus compañeros
Les quedó solamente por sufragio
Mendigar con la tabla del naufragio.

EL FILÓSOFO Y LA PULGA.

Meditando á sus solas cierto día
Un pensador filósofo decia:
El jardin adornado de mil flores.
Y diferentes árboles mayores,
Con su fruta sabrosa enriquecidos,
Tal vez entretegidos
Con la frondosa vid que se derrama
Por una y otra rama,
Mostrando á todos lados
Las peras y racimos desgajados,
Es cosa destinada solamente
Para que lo disfruten libremente
La Oruga, el Caracol, la Mariposa:
No se persuaden ellos otra cosa.
Los pájaros sin cuento,
Burlándose del viento,
Por los aires sin dueño van girando.
El Milano cazando
Saca la consecuencia:
Para mi los crió la Providencia.
El Cangrejo en la playa envanecido
Mira los anchos mares: persuadido
A que las olas tienen por empleo
Solo satisfacerle su deseo;
Pues cree que van y vienen tantas veces
Por dejarle en la orilla ciertos peces.
No hay (prosigue el Filósofo profundo)
Animal sin orgullo en este mundo.
El hombre solamente
Puede en esto alabarse justamente.

Cuando yo me contemplo colocado
En la cima de un risco agigantado,
Imaginé que sirve á mi persona
Todo el concavo cielo de corona.
Veo á mis pies los mares espaciosos
Y los bosques umbrosos
Poblados de animales diferentes;
Las escamosas gentes,
Los brutos y las fieras
Y las aves ligeras,
Y cuanto tiene aliento
En la tierra, en el agua y en el viento;
Y digo finalmente, todo es mío.
¡Oh grandeza del hombre y poderío!

Una pulga que oyó con gran cachaza
Al filósofo maza,
Dijo: cuando me miro en tus narices,
Como tú sobre el risco que nos dices,
Y contemplo á mis pies aquel instante
Nada menos que al hombre dominante,
Que manda en cuanto encierra
El agua, viento y tierra,
Y que al tal poderoso caballero
De alimento me sirve cuando quiero,
Concluyo finalmente: todo es mío.
¡Oh grandeza de Pulga y poderío!
Así dijo: y saltando se le ausenta.

*De este modo se afrenta
Aun al mas poderoso,
Cuando se muestra vano y orgulloso.*

FABULA III.

EL CAZADOR Y LOS CONEJOS.

Poco antes que esparciese

Sus cabellos en hebras
 El Rubicundo Apolo
 Por la faz de la tierra,
 De Cazador armado,
 Al soto Fabio llega:
 Por el nudoso tronco
 De cierta encina vieja
 Sube para ocultarse
 En las ramas espesas.
 Los incautos Conejos
 Alegres se le acercan:
 Uno del verde prado
 Igualaba la yerba:
 Otro, cual jardinero,
 Las florecillas riega:
 El tomillo y romero
 Este y aquel cercenan.
 Entre tanto al mas gordo
 Fábio su tiro asesta:
 Dispara y al estruendo
 Se meten en sus cuevas
 Tan repentinamente,
 Que á muchos pareciera
 Que (salvo el muerto) á todos
 Se los tragó la tierra.
 ¿Después de tal espanto
 Habrá alguno que crea
 Que de allí á poco rato
 La tímida eaterva,
 Olvidando el peligro
 Al riesgo se presenta?
 Cosa estraña parece:
 Mas no se admiren de ella:
 ¿Acaso los humanos
 Hacen de otra manera?

FABULA IV.

EL FILÓSOFO Y EL FAISAN

Llevado de la dulce melodía
Del cántico variado y delicioso
Que en un bosque frondoso
Las aves forman saludando al día
Entró cierta mañana
Un sábio en los dominios de Diana
Sus pasos esparcieron el espanto
En la agradable estancia:
Interrúmpese el canto:
Las aves vuelan á mayor distancia
Todos los animales asustados
Huyen delante de él precipitados;
Y el Filósofo queda
Con un triste silencio en la arboleda,
Marcha con cauto paso ocultamente,
Descubre sobre un árbol eminente,
A un Faisan rodeado de su cria,
Que con amor materno le decía:
Hijos míos, pues ya que en mis lecciones
Largamente os hablé de los Milanos,
De los Buitres y Alcones,
Hoy hemos de tratar de los humanos.
La Oveja en leche y lana
Dá abrigo y alimento
Para la raza humana;
Y en agradecimiento
A tan gran bienhechora
La mata el hombre mismo y la devorara
A la abeja que labra sus panales
Artificiosamente,

La roba, come, vende sus caudales,
 Y la mata en ejércitos su gente.
 ¿Qué recompensa en suma
 Consigue al fin el Ganso miserable
 Por el precioso bien incomparable
 De ayudar á las ciencias con su pluma?
 Le dá muerte temprana el hombre ingrato.
 Y hace de su cadáver un gran plato.
 Y pues que los humanos son peores
 Que Milanos y Azores
 Y que toda perversa criatura,
 Huireis con horror de su figura.
 Así charló: y el hombre se presenta;
 Ese es, grita la Madre, y al instante
 La familia volante
 Se desprende del árbol y se ausenta.
 ¡Oh, cómo habló el Faisan! *¡Mas que dijera*
(El Filósofo esclama) si supiera
Que en sus propios hermanos
La ingratitud ejercen los humanos!

FABULA V.

EL ZAPATERO MÉDICO.

Un inhábil y hambriento Zapatero
 En la corte por Médico corría:
 Con un contraveneno que fingía
 Ganó fama y dinero.
 Estaba el rey postrado en una cama
 De una grave dolencia:
 Para hacer esperiencia
 Del talento del Médico, le llama.
 El antídoto pide, y en un vaso

Finge el rey que le mezcla con veneno;
 Se lo mandó beber: el tal Galeno
 Teme morir, confiesa todo el caso,
 Y dice que sin ciencia
 Logró hacerse doctor de grande precio
 Por la credulidad del vulgo necio.
 Convoca el Rey al Pueblo: ¡Qué demencia
 Es la vuestra, exclamó, que habeis fiado,
 La salud francamente
 De un hombre á quien la gente
 Ni aun queria fiarle su calzado!
*Esto para los crédulos se cuenta
 En quienes tiene el Charlatan su renta.*

FABULA VI.

EL MURCIÉLAGO Y LA COMADREJA.

Cayó sin saber como
 Un Murciélagó á tierra.
 Al instante le atrapa
 La lista Comadreja
 Clamaba el desdichado
 Viendo su muerte cerca.
 Ella le dice: muere,
 Que por naturaleza
 Soy mortal enemiga
 De todo cuanto vuela.
 El avechucho grita,
 Y mil veces protesta
 Que él es Raton cual todos
 Los de su descendencia.
 Con esto (¡qué fortuna!)
 El preso se liberta.

Pasado cierto tiempo,
 No sé de qué manera,
 Segunda vez le pilló:
 El nuevamente ruega,
 Mas ella le responde
 Que Júpiter ordena
 Tenga paz con las Aves,
 Con los Ratones guerra.—
 ¡Soy yo Raton acaso!
 Yo creo que estás ciega.
 ¡Quieres ver cómo vuelo!
 En efecto, le deja,
 Y á merced de su ingenio
 Libre el pájaro vuela.
 Aquí aprendió de Esopo
 La gente marinera,
 Murciélagos que fingen
 Pasaporte y bandera.
 No importa que haya pocos
 Ingleses Comadreas,
 Tal vez puede de un riesgo
 Sacarnos una treca.

FABULA VII.

LA MARIPOSA Y EL CARACOL.

Aunque te haya elevado la fortuna
 Desde el polvo á los cuernos de la luna,
 Si hablas, Fábio, al humilde con desprecio,
 Tanto como eres grande, serás necio.
 ¡Qué! ¿te irritas? ¿te ofende mi lenguaje?—
 No se habla de ese modo á un personaje.—
 Pues haz cuenta, señor, que no me oiste.

Yescucha á un Caracol: vaya de chiste.

En un bello jardin cierta mañana

Se puso muy ufana

Sobre la blanca rosa

Una recién nacida Mariposa.

El sol resplandeciente

Desde su claro Oriente

Los rayos esparcía:

Ella á su luz las alas estendia,

Solo porque envidiasen sus colores

Manchadas aves y pintadas flores.

Esta vana, preciada de belleza.

Al volver la cabeza

Vió muy cerya de sí sobre una rama

A un pardo Caracol. La bella dama

Irritada exclamó: ¿Cómo, grosero,

A mi lado te acercas? Jardinero,

¿De qué sirve que tengas con cuidado

El jardin cultivado,

Y guarde tu desvelo

La rica fruta del rigor del hielo,

Y los tiernos botones de las plantas

Si ensucia y come todo cuanto plantas

Ese vil Caracol de baja esfera?

O mátales al instante, ó vaya fuera,

Quien ahora te oyese,

Si no te conociese,

(Respondió el Caracol) en mi conciencia

Que pudiera temblar en tu presencia.

Mas dime, miserable criatura,

Que acabas de salir de la basura,

¿Puedes negar que aun no hace cuatro dias

Que gustosa solias

Como humilde reptil andar conmigo.

Y yo te hacia honor en ser tu amigo?
 ¿No es tambien evidente,
 Que eres por línea recta descendiente
 De los Orugas, pobres hilanderos,
 Que mirándose en cueros,
 De sus tripas hilaban y tegian
 Un fardo, en que en invierno se metian
 Como tú te has metido,
 Y aun no hace cuatro dias que has salido?
 Pues si este fue tu origen y tu casa,
 ¿Por qué tu ventolera se propasa
 A despreciar á un Caracol honrado?
El que tiene de vidrio su tejado
Esto logra de bueno,
Con tirar las pedradas al egéno,

FABULA VIII.

LOS DOS TITIRITEROS.

Todo el pueblo admirado
 Estaba en una plaza amontonado,
 Y en medio se empinaba un Titerero
 Enseñando una bolsa sin dinero.
 Pase de mano en mano, les decia,
 Señores, no hay engaño, está vacía.
 Se la vuelven, la sopla, y al momento
 Derrama pesos duros; ¡qué portentoso!
 Levántase un murmullo de repente
 Cuando ven por encima de la gente
 Otro Titiritero á competencia:
 Queda en espectacion la concurrencia
 Con silencio profundo,
 Cesó el primero y empezó el segundo.

Presenta de licor unas botellás.
 Algunos se arrojaron hacia ellas,
 Y al punto las hallaron trasformadas
 En sangrientas espadas.
 Muestra un par de bolsillos de doblones:
 Dos personas, sin duda dos ladrones;
 Les echaron la garra muy ufanos,
 Y se ven dos cordeles en sus manos.
 A un relator cargado de procesos
 Una letra le enseña de mil pesos.
 Sople usted: sopla el hombre apresurado,
 Y le cierra los labios un candado.
 A un abate arrimado á su cortejo
 Le presenta un espejo,
 Y al mirar su retrato peregrino,
 Se vió con las orejas de pollino.
 A un Santero le manda
 Que se acerque: le pilla la demanda,
 Y allá con sus hechizos
 La convirtió en merienda de chorizos.
 A un jóven desenvuelto y rozagante
 Le regala un diamante:
 Este le dió á su dama, y en el punto
 Pálido se quedó como un difunto:
 Item mas: sin narices y sin dientes,
 Allí fué la rechilla de las gentes,
 La burla y la chacota.
 El primer Titiritero se aborota:
 Dice por el segundo con denuedo:
 Ese hombre tiene un diablo en cada dedo.
 Pues no encierran virtud tan peregrina
 Los polvos de la Madre Celestina
 Que declare su nombre.
 El concurso lo pide, y el buen hombre

Entonces mas modesto que un novicio.
Dijo: no soy el diablo; sino el vicio.

FABULA IX.

EL RAPOSO Y EL PERRO.

De un modo muy afable y amistoso
El Mastin de un Pastor con un Raposo
Se solia juntar algunos ratos,
Como tal vez los Perros y los Gatos
Con amistad se tratan. Cierta dia
El Zorro á su compadre le decia,
Estoy muy irritado:
Los hombres por el mundo han divulgado
Que mi raza inocente (¡qué injusticia!)
Les anda circuncirca en la malicia.
¡Ah maldita canalla!
Si yo pudiera.... En esto el Zorro calla,
Y erizado se agacha. Soy perdido,
(Dice) los cazadores he oido.
¿Qué me sucede? Nada.
No temas (le responde el camarada)
Son las gentes que pasan al mercado.
Mira, mira, cuitado,
Marchar altas en cinta mis vecinas,
Coronadas con cestas de gallinas,
No estoy (dijo el Raposo para fiestas.
Vete con tus gallinas y tus cestas,
Y satiriza á otro. Porque sabes
Que robaron anoche algunas ayes;
¿He de ser yo el ladrón? En mi conciencia
Que hablé (dijo el Mastin) con inocencia,
¿Yo pensar que has robado gallinero,

Cuando siempre te ví como un cordero?
¡Cordero! esclama el Zorro) No hay aguante;
Que cordero me vuelva en el instante,
Si he hurtado el que falta en tu majada.
¡Ola! (concluye el Perro) camarada,
El ladron es usted segun se esplica.
El estuche molar al punto aplica
Al mísero raposo,
Para que así escarmiente el quisquilloso,
Que de las Fabulillas se resiente.
Si no estás inocente,
Díme, ¿por qué no bajas las orejas?
Y si acaso lo estás, ¿de qué te quejas?



LIBRO IX.

FABULA PRIMERA.

EL GATO Y LAS AVES.

Charlatanes se ven por todos lados
En plazas y en estrados,
Que ofrecen sus servicios (¡cosa rara!)
A todo el mundo por su linda cara.
Este, quimico y médico escelente,
Cura á todo doliente,
Pero *gratis*: no se habla de dinero.
El otro petimetre caballero
Canta, toca, dibuja, borda, danza.
Y ofrece la enseñanza
Gratis por aficion á cierta gente.
Veremos en la fábula siguiente
Si puede haber en esto algun engaño:
La prudente cautela no hace daño.
Dejando los desvanes y rincones
El Señor *Mirrimiz*, Gato de maña,
Se salió de la villa á la campaña.
En paraje sombrío
A la orilla de un rio
De sauces coronado,
En unas matas se quedó agachado.
El Gatazo callaba como un muerto
Escuchando el concierto
De dos mil avecillas,
Que en las ramas cantaban maravillas;
Pero callaba en vano

Mientras no se acercaban á su mano
 Los Músicos volantes; pues quería
Mirrimiz arreglar la sinfonía.
 Cansado de esperar, prorrumpe al cabo,
 Sacando la cabeza: *bravo, bravo,*
 La turba calla: cada cual procura
 Alejarse, ó meterse en la espesura;
 Mas él les persuadió con buenos modos,
 Y al fin logró que le escuchasen todos.

No soy Gato montés ni campesino:
 Soy honrado vecino
 De la cercana villa:
 Fui Gato de un maestro de Capilla:
 La Música aprendí, y aun si me empeño
 Vereis como os la enseño,
 Pero *gratis*, en menos de una hora.
 ¡Qué cosa tan sonora
 Será el oír un coro de cantores,
 Vervigracia, Calandrias, Ruiseñores!
 Con estas y otras cosas diferentes
 Algunas de las Aves inocentes
 Con manso vuelo á *Mirrimiz* llegaron:
 Todas en torno de él se colocaron.
 Entonces con mas gracia,
 Y mas diestro que el Músico de Tracia,
 Echando su compás hácia el mas gordo,
 Consigue *gratis* merendarse un Tordo.

FABULA II.

LA DANZA PASTORIL

A la sombra que ofrece
 Un gran peñon tajado,

Por cuyo pie corría
 Un arroyuelo manso,
 Se formaba en Estío
 Un delicioso prado.
 Los árboles silvestres
 Aquí y allí plantados,
 El suelo siempre verde
 De mil flores sembrado.
 Mas agradable hacían
 El lugar solitario.
 Contento en él pasaba
 La siesta recostado
 Debajo de una encina,
 Con el Albogue, Bato.
 Al son de sus tonadas
 Los Pastores cercanos,
 Sin olvidar algunos
 La guardia del ganado,
 Descendían ligeros
 Desde la sierra al llano.
 Las honestas Zagalas
 Según iban llegando,
 Bailaban lindamente
 Asidas de las manos
 En torno de la encina
 Donde tocaba Bato.
 De las espesas ramas
 Se veía colgando
 Una guirnalda bella
 De rosas y amaranto.
 La fiesta presidía
 Un mayoral anciano;
 Y ya que el regocijo
 Bastó para descanso,

Antes que se volviessen
 Alegres al rebaño,
 El viejo presidente
 Con su corvo cayado
 Alcanzó la guirnalda,
 Que pendia del árbol,
 Y coronó con ella
 Los cabellos dorados
 De la gentil Zagala
 Que con sencillez agrado
 Supo ganar á todas
 En modestia y recato.
Si la virtud premiáran
Algunos cortesanos,
Yo se que no huiría
Desde la corte al campo.

FABULA III.

LOS DOS PERROS.

Procare ser en todo lo posible
 El que ha de reprimir irreprimible.
 Sultán, Perro goloso y atrevido,
 En su casa robó, por un descuido,
 Una pierna excelente de carnero.
 Pinto, (gran tragador) su compañero,
 Le encuentra con la presa encarnizada,
 Ojo al través, colmillo acicalado,
 Fruncidas las narices y gruñendo;
 ¿Qué cosa estás haciendo,
 Desgraciado Sultán? (Pinto le dice)
 ¿No sabes, infelice,
 Que un Perro infiel, ingrato,

No merece ser Perro, sino Gato?
 ¡Al amo, que nos fia
 La custodia de casa noche y dia,
 Nos alhaga, nos custodia y alimenta,
 Le das tan buena cuenta,
 Que le robas goloso
 La pierna del carnero mas jugoso?
 Como amigo te ruego
 No la maltrates mas: déjala luego.
 Hablas, dijo *Sultan*, perfectamente
 Una duda me queda solamente
 Para seguir al punto tu consejo:
 Dí: ¿te la comerás si yo la dejo?

FABULA IV

LA MODA.

Despues de haber corrido
 Cierta danzante Mono
 Por cantones y plazas
 De ciudad en ciudad el mundo todo,
 Logró (dice la historia,
 Aunque no cuenta el cómo)
 Volverse libremente
 A los campos del Africa orgulloso.
 Los Monos al viajero
 Reciben con mas gozo
 Que á Pedro el Czar los Rusos,
 Que los griegos á Ulises generoso.
 De leyes, costumbres
 Ni él habló, ni algun otro
 Le preguntó palabra;
 Pero de trajes y de modas todos.

En cierta geringonza,
Con extranjero tono,
Les hizo un *gran detalle*
De lo mas *remarcable á los curiosos*:

Empecemos (decian)
Aunque sea por poco,
Hiciéronse zapatos
Con cáscara de nueces **por lo pronto**,

Toda la raza **Mona**
Andaba con sus choclos,
Y el no traerlos era
Faltar á la decencia y al **decoro**.

Un Leopardo hambriento
Trepaba por los monos,
Ellos huir intentan
A salvarse en los árboles del **soto**.

Las chinelas lo estorban,
Y de muy fácil modo
Aquí y allí mataba,
Haciendo á su placer dos mil **destrozos**.

En Tetuan desde entonces
Manda el Senado docto
Que cualquier uso ó moda
De países cercanos ó remotos,

Antes que llegue el caso
De adoptarse en el propio,
Haya de examinarse
En junta de políticos á fondo.

Con tan *justo decreto*,
Y el *suceso horroroso*,
¿Dejaron tales modas?
Primero dejarían de ser monos.

FABULA V.

EL LOBO Y EL MASTIN.

Trampas, redes y perros
 Los celosos pastores disponian
 En lo oculto del bosque y de los cerros,
 Porque matar querian
 A un Lobo, por el bárbaro delito
 De no dejar á vida ni un Cabrito.
 Hallóse cara á cara
 Un Mastin con el Lobo de repente:
 Y cada cual se para
 Tal como en Zama estaban frente á frente
 Antes de la batalla muy serenos
 Anibal y Scipion: ni mas ni menos.
 En esta suspension treguas propone
 El Lobo á su enemigo.
 El Mastin no se opone,
 Antes le dice: Amigo,
 Es cosa bien estraña por mi vida
 Meterse un señor Lobo á cabricida:
 Ese cuerpo brioso,
 Y de pujanza fuerte,
 Que mate al Javalí, que venza al Oso.
 ¿Mas qué dirán al verte,
 Que lo valiente y fiero
 Empleas en la sangre de un cordero?
 El Lobo le responde: camarada,
 Tienes mucha razon: en adelante
 Propongo no comer sino ensalada:
 Se despiden y toman el portante.
 Informados del hecho
 Los Pastores se apuran y patean:

Agarran al Mastin y le apalean;
Digo que fué bien hecho;
Pues en vez de ensalada en aquel año
Se fue comiendo el Lobo su rebaño.
*¿Con una reprension, con un consejo
Se pretende quitar un vicio añejo.*

FABULA VI

LA HERMOSA Y EL ESPEJO.

Anarda la bella
Tenia un amigo
Con quien consultaba,
Todos sus caprichos:
Colores de moda
Mas ó menos vivos,
Plumas, sombreretes,
Lunares y rizos
Jamás en su adorno
Fueron admitidos,
Si él no la decia:
Gracioso, bonito.
Cuando su hermosura,
Llena de atractivo,
En sus verdes años
Tenia mas brillo,
Traidoras la roban
(Ni acierto á decirlo)
Las negras viruelas
Sus gracias y hechizos.
Llegóse al Espejo,
Este era su amigo:
Y como su jacta

De fiel y sencillo,
 Lisa y llanamente;
 La verdad la dijo.
 Anarda furiosa,
 Casi sin sentido
 Le vuelve la espalda
 Dando mil quejidos.
 Desde aquel instante
 Cuentan que no quiso
 Volver á consultas
 Con el señor mio.

Escúchame, Anarda:
 Si buscas amigos
 Que te representen
 Tus gracias y hechizos;
 Mas que no te adviertan
 Defectos, y aun vicios
 De aquellos que nadie
 Conoce, en sí mismo:
 Dime, ¿De qué modo
 Podrás corregirlos?

FABULA VII.

EL VIEJO Y EL CHALAN.

Fabio está, no lo niego, muy notado
 De esta cierta pasión que le domina;
 ¿Mas qué importa, señor? Si se examina,
 Se verá que es un mozo muy honrado,
 Generoso, cortés, hábil, activo,
 Y que de todo entiende
 Cuando pide el empleo que pretende.
 Y qué, ¿no se lo dán...? ¿Por qué motivo...?

Trataba un Viejo de comprar un Perro
Para que le guardase los doblones;
Le decia el Chalan estas razones:
Con un collar de hierro
Que tenga el animal, échenle gente,
Leal, bravo, arrogante;
Y aunque tiene la falta solamente
De ser algo goloso....
¿Goloso? (Dice el rico.) No le quiero.
No es para marmiton, ni despensero,
Continúa el Chalan muy presuroso.
Sino para valiente centinela.
Menos, concluye el Viejo:
Dejará que me quiten el pellejo
Por lamer entretanto la cazuela.

FABULA VIII.

LA GATA CON CASCABELES.

Salió cierta mañana
Zapaquilda al tejado
Con un collar de grana,
De pelo y cascabeles adornado.
Al ver tal maravilla,
Del alto corredor y la guardilla
Van saltando los gatos de uno á uno.
Congrégase al instante
Tal concurso gatuno
En torno de la dama rozagante,
Que entre flexibles colas arboladas
Apenas divisarla se podia.

Ella con mil monadas
El cascabel parlero sacudia;
Pero cesando al fin el sonsonete,
Dijo, que por juguete
Quitó el collar al Perro su señora,
Y se lo puso á ella.
Cierto que *Zapaquilda* estaba bella:
A todos enamora,
Tanto, que en la gatesca compañía,
Cuál dice su atrevido pensamiento,
Cuál se encrespa celoso;
Riñen este y aquel con ardimiento,
Pues con ansia queria
Cada Gato soltero ser su esposo.
Entre los arañazos y mahullidos
Levántase *Garraf*, Gato prudente,
Y á los enfurecidos
Les grita; noble gente,
¡Gata con cascabeles por esposa!
¡Quién pretende tal cosa?
¡No veís que el cascabel la caza ahuyenta,
Y que la dama hambrienta
Necesita sin duda que el marido,
Ausente y aburrido,
Busque la Provision en los desvanes,
Mientras ella cercada de Galanes,
Porque el mundo la vea,
De tejado en tejado se pasea?
Marchóse *Zapaquilda* convencida,
Y lo mismo quedó la concurrencia.
¡Cuantos chascos se llevan en la vida
Los que no miran mas que la apariéncia!

FABULA IX.

EL RUISEÑOR Y EL MOCHUELO.

Una noche de Mayo,
 Dentro de un bosque espeso,
 Donde, segun reinaba
 La triste oscuridad con el silencio,
 Parece que tenia
 Su habitacion Morfeo:
 Cuando todo viviente
 Disfrutaba del dulce y blando sueño,
 Pendiente de una rama
 Un Ruiseñor parlero
 Empezó con sus ayes
 A publicar sus dolorosos celos.
 Despues de mil querellas
 Que llegaron al cielo;
 A cantar empezaba
 La antigua historia del infiel Teseo,
 Cuando sin saber como
 Un cazador Mochuelo
 Al músico arrebató
 Entre las corvas unas prisionero.
 Jamás Pan con la flauta
 Igualó sus gorgéos,
 Ni resonó tan grata
 La dulce lira del divino Orfeo:
 No obstante, cuando daba
 Sus últimos lamentos,
 Los vecinos del bosque
 Aplaudian su muerte: yo lo creo.
 Si con sus serenatas,
 El mismo *Farinelo*
 Viénese á despertarme

Mientras yo dormía en blando lecho,
En lugar de los *bravos*,
Diria: caballero,
Que no viniese ahora,
Para tal Ruiseñor algún Mochuelo!
Clori tiene mil gracias,
¿Y qué logra con eso?
Hacerse fastidiosa
Por no querer usarlas á su tiempo.

FABULA X.

EL AMO Y EL PERRO.

Callen todos los Perros de este mundo

Donde está mi *Palomo*:

Es fiel, decia el Amo, sin segundo,

Y me guarda la casa.... *¿Pero como?*

Con la despensa abierta

Le dejé cierto día;

En medio de la puerta

De guardia se plantó con bizzarria.

Un formidable Gato:

En vez de perseguir á los Ratones,

Se veia guiado del olfato

A visitar chorizos y jamones.

Palomo le despide buenamente,

El Gatazo se encrespa y acalora:

Riñen sangrientamente,

Y mi *Guarda-jamones* le devora.

Esto contaba el Amo á sus amigos,

Y despues á su casa se los lleva

á que fuesen testigos

De tal fidelidad en otra prueba.

Tenia al buen *Palomo* prisionero

Entre manidas pollas y perdices:
Los sebosos riñones de un Carnero
Casi casi le untaban las narices.

Dentro de este retiro á penitencia

El triste fué metido

Despues de algunos dias de abstinencia.

Al fin, ya su señor compadecido

Abre con sus amigos el encierro.

Sale rabo entre piernas agachado:

Al Amo se acercaba el pobre Perro

Lamiéndose el hocico ensangrentado.

El dueño se alborota y enfurece

Con tan fatales nuevas.

Yo te preguntaria: ¿Y qué merece

Quien la virtud espone á tales puebas?

FABULA XI.

LOS DOS CAZADORES.

Que en una marcial funcion,
O cuando el caso lo pida,
Arriesgue el hombre su vida,
Digo que es mucha razon.

Pero el que por diversion

Esponer su vida quiera

A juguete de una fiera,

O peligros no menores.

Sepa de dos Cazadores

Una historia verdadera.

Pedro Ponce el valeroso,

Y Juan Carranza el prudente,

Vieron venir frente á frente

Al Lobo mas horroroso.

El prudente, temeroso,

A una encina se abalanza,
Y cual otro Sancho Panza
En las ramas se salvó.
Pedro Ponce allí murió.
Imitemos á Carranza.

FABULA XII.

EL GATO Y EL CAZADOR.

Cierto Gato en poblado descontento,
Por mejorar sin duda de destino;
(Que no seria Gato de convento)
Pasó de ciudadano á campesino.
Metióse santamente
Dentro de una covacha, mas no léjos
De un gran soto poblado de conejos.
Considere el lector piadosamente
Si el noble ermitaño
Probaria la yerba en todo el año.
Lo mejor de la caza devoraba
Haciendo mil escesos;
Mas al fin por el rastro que dejaba,
De plumas y de huesos,
Un Cazador lo advierte: le persigue,
Arma trampas y redes con tal maña;
Que al instante consigue
Atrapar la carnívora alimaña.
Llégase el Cazador al prisionero:
Quiere darle la muerte:
El animal le dice: caballero,
Duélase de la suerte
De un triste pobrecito
Metido en la prision y sin delito.
Sin delito me dices,

Cuando sé que tus uñas y tus dientes
Devoran infinitos inocentes? —
Señor, eran Conejes y Perdicés;
Y yo no hacia mas, á fe de Gato,
Que lo que ustedes hacen en el plato.
Ea, pícaro muere,
Que tu mala razon no satisface.
Con que sea la cosa que se fuere,
¿La podrá usted hacer, si otro la hace?

FABULA XIII.

EL PASTOR.

Salicio usaba tañer
La Zampoña todo el año,
Y por oírle el rebaño
Se olvidaba de paecer.
Mejor sería romper
La Zampoña al tal Salicio:
Porque si causa perjuicio
En lugar de utilidad,
La mayor habilidad,
En vez de virtud es vicio.

FABULA XIV.

EL TORDO FLAUTISTA.

Era un gusto el oír, era un encanto,
A un Tordo gran flautista, pero tanto,
Que en la gaita gallega,
O la pasion me ciega,
O á Mision le llevaba mil ventajas.
Cuando todas las aves se hacen rajas
Saludando á la aurora,

Y la turba confusa charladora
La canta sin compás y con destreza.
Todo cuanto le viene á la cabeza;
El Flautista empezó: cesó el concierto.
Los Pájaros con tanto pico abierto
Oyeron en un tono soberano
Las folías, la gaita y el villano.

Al escuchar las aves tales cosas,
Quedaron admiradas y envidiosas.
Los Gilgueros preciados de cantores,
Los vanos Ruseñores,
Unos y otros corridos,
Callaban entre las hojas escondidos.
Ufano el Tordo, grita, camaradas,
Ni saben ni sabrán estas tonadas.
Los pájaros ociosos,
Sino los retirados estudiosos.

Sabed, que con un hábil Zapatero
Estudié un año entero:
El, dále que le dás á sus zapatos,
Y alternando silvábamos á ratos.
En fin, viéndome diestro,
Vuela al campo, me dice mi maestro,
Y harás ver á las aves de mi parte
Lo que gana el ingenio con el arte.

FABULA XV.

EL RAPOSO Y EL LOBO.

Un triste Raposo
Por medio del llano
Marchaba sin piernas,
Cual otro soldado
Que perdió las suyas

Allá en Campo Santo.

Un Lobo le dijo:

Hola, buen hermano,

Diga, ¿en qué refriega

Quedó tan lisiado?

¡Ay de mí! (responde)

Un maldito rastro

Me llevó á una trampa

Donde por milagro,

Dejando una pierna,

Salí con trabajo.

Después de algun tiempo

Iba yo cazando,

Y en la trampa misma

Dejé pierna y rabo.

El Lobo le dice:

Creible es el caso.

Yo estoy tuerto, cojo,

Y desorejado

Por ciertos Mastines

Guardas de un rebaño.

Soy de éstas montañas

El Lobo decano:

Y como conozco

Las mañas de entrámbos,

Temo que acabemos,

No digo enmendados.

Sino tú en la trampa,

Y yo en el rebaño.

¡Que el ciego apetito

Pueda arrastrar tanto

A los brutos pase;

¡Pero á los humanos!

FABULA XVI.

EL CIUDADANO PASTOR.

Cierto jóven leía
 En versos escelentes
 Las dulces pastorelas
 Con el mayor deleite
 Tenia la cabeza
 Llena de prados, fuentes,
 Pastores y Zagalas,
 Zampoñas y rabeles.
 Al fin cierta mañana
 Prorrumpe de esta suerte;
 ¡Yo he de estar prisionero!
 Cercado de paredés,
 Esclavo de los hombres
 Y sujeto á las leyes,
 Pudiendo entre Pastores
 Grata y sencillamente
 Disfrutar desde ahora
 La libertad campestre!
 De la ciudad al bosque
 Me marchó para siempre:
 Allí naturaleza
 Me brinda con sus bienes,
 Los árboles y ríos
 Con frutas y con peces,
 Los ganados y abejas
 Con la miel y la leche;
 Hasta las duras rocas
 Habitación me ofrecen
 En grutas coronadas
 De pámpanos silvestres,

Desde tan bella estancia,
 ¿Cuántas y cuántas veces,
 Al son de dulces flautas
 Y sonoros rabeles,
 Oíre á los Pastores,
 Que discretos contienden
 Publicando en sus versos
 Amores inocentes?
 Como que ya divisor
 Entre el ramaje verde
 A la Pastora Nise,
 Que al lado de una fuente,
 Sentada al pie de un olmo,
 Una guirnalda teje.
 ¿Si será para Mopso?
 Tanto el jóven enciende
 Su loca fantasía,
 Que ya en fin se resuelve,
 Y en Zagal disfrazado
 En los bosques se mete.
 A un Rabadan encuentra,
 Y le pregunta alegre:
Dime, ¿es de Melibeo
Ese ganado?—Miente,
 Que es mió; y sobre todo,
 Sea de quien fuere.
 No respondió él hombre
 Muy poéticamente.
 El jóven temeroso
 De que tal vez le diese
 Con el fiero garrote
 Que por cayado tiene,
 Sin chistar una palabra
 Huyó bonitamente.

Marchaba pensativo,
Cuando quiso la suerte
Que cogiendo bellotas
A la Pastora viese.
¡Oh Nise fementida!
(Esclama) ¡cuántas veces
Siendo niña querías
Que yo te recogiese
La fruta con rocío
De mis manzanos verdes!
Diciendo así se acerca.
La moza se revuelve,
Y dándole un bufido
En las breñas se mete.
Sorprendido el mancebo
Dice: ¿qué me sucede?
¡Son estos los Pastores
Discretos, inocentes,
Que pintan los Poetas
Tan delicadamente?
A nuevos desengaños
Ya no quiero esponerme:
Rendido, caviloso
A la ciudad se vuelve.

*Yo siento á par del alma
Que no se detuviese
A disfrutar un poco
De la vida campestre,
Por mi fe que las migas,
El pastoril alberque,
El rigor del verano
Los hielos y las nieves,
Le hubieran persuadido
Mucho mas vivamente.*

*Que es un solemne loco
Todo aquel que creyere
Hallar en la experiencia
Cuanto el hombre nos pinta por deleite.*

FABULA XVII.

EL LADRON.

Por catar una colmena
Cierto goloso Ladron,
Del venenoso aguijon
Tuvo que sufrir la pena.

La miel (dice) está muy buena:
Es un bocado exquisito:
Por el aguijon maldito
No volveré al colmenar,
¡Lo que tiene el encontrar!
¡La pena tras el delito!

FABULA XVIII.

EL JOVEN FILOSOFO Y SUS COMPAÑEROS.

Un jóven educado
Con el mayor cuidado
Por un viejo Filósofo profundo
Salió por fin á visitar al mundo.
Concurrió cierto dia
Entre civil y alegre compañía
A una mesa abundante y primorosa,
¡Espectáculo horrendo! ¡fiera cosa!
¡La mesa de cadáveres cubierta
A la vista del hombre!.... ¡Y éste acierta
A comer los despojos de la muerte!
El jóven declamaba de esta suerte.

Al son de filosóficas razones,
 Devorando Perdices y Pichones,
 Le responden algunos concurrentes:
 Si usted ha de vivir entre las gentes
 Deberá hacer á todo,
 Con un gracioso modo,
 Alabando el bocado de esquisito,
 Le presentan un gordo pajarito.
 Cuanto usted ha exclamado será cierto,
 Mas en fin (le decia) ya está muerto.
 Pruébelo por su vida.... Considere
 Que otro le comerá si no lo quiere.

La ocasión, las palabras, el ejemplo,
 Y segun yo contemplo,
 Yo no sé que olorcillo
 Que exhalaba el caliente pajarillo,
 Al jóven persuadieron de manera,
 Que al fin se lo comió. ¡Quién lo dijera!
 ¡Haber yo devorado un inocente!
 Asi clamaba pero friamente.

Lo cierto es, que llevado de aquel cebo,

Con mas facilidad cayó de nuevo,

La ocasion se repite

De uno en otro convite,

Y de una Codorniz á una Becada,

Llegó el jóven al fin de la jornada,

Olvidando sus máximas primeras,

A ser devorador como las fieras.

De esta suerte los vicios se insinúan,

Crecen, se perpetúan

Dentro del corazon de los humanos,

Hasta ser su señores y tiranos.

¿Pues qué remedio...? Incautos jovencitos,

Cuentan con los primeros pajaritos.

—177—
FABULA XIX.

EL ELEFANTE, EL TORO, EL ASNO Y LOS DEMAS
ANIMALES.

Los mansos y los fieros animales,
A que se remediasen ciertos males
Desde los bosques llegan,
Y en la rasa campaña se congregan.
Desde la mas pelada y alta roca
Un Asno trompetero los convoca.
El concurso ya junto,
Instruido tambien en el asunto,
(Pues á todos por Júpiter previno
Con cédula *ante diem* el Pollino)
Imponiendo silencio el Elefante,
Así dijo: señores, es constante
En todo el vasto mundo,
Que yo soy en lo fuerte sin segundo:
Los árboles arranco con la mano (*):
Venzo al Leon, y es llano
Que un golpe de mi cuerpo en la muralla
Abre sin duda brecha. A la batalla
Llevo todo un castillo guarnecido:
En la paz y en la guerra soy tenido
Por un bruto invencible,
No solo por mi fuerza irresistible,
Por mi gordo colete y grave masa,
Que hace temblar la tierra donde pasa.
Mas, señores, con todo lo que cuento,
Solo de vegetales me alimento;

(*) Buffón, en la Historia Natural, artículo del
Elefante, llama así á la trompa de este animal.

Y como á nadie daño, soy querido,
Mucho mas respetado que temido.
Aprended, pues de mí, crueles fieras,
Las que haceis profesion de carniceras;
Y no hagais por comer atroces muertes,
Puesto que no sereis ni menos fuertes,
Ni menos respetadas,
Sino muy estimadas
De grandes y pequeños animales
Viviendo como yo de vegetales.
Gran pensamiento (dicen) gran discurso,
Y nadie se le opone del concurso.

Habló despues un Toro de Jarama:
Escarba el polvo, cabecea, brama.
Vengan (dice) los Lobos y los Osos,
Si son tan poderosos,
Y en el circo verán con que donaire
Les haré que volteen por el aire.
¡Que! son menos gallardos y valientes
Mis cuernos que sus garras y sus dientes?
¡Pues por qué los villanos carniceros
Han de comer mis vacas y terneros?
Y si no se contentan
Con las hojas y yerbas que alimentan
En los bosques y prados
A los mas generosos y esforzados,
Que muerdan de mis cuernos al instante,
O si no de la trompa al Elefante.
La asamblea aprobó cuanto decia
El Toro con razon y valentía.

Seguíase á los dos en el asiento
Por falta de buen orden el Jumento,
Y con rubor espuso sus razones,
Los Milanos (prorrumpe) y los Alcones

(No ofendo á los presentes, ni quisiera)
Sin esperar tampoco á que me muera,
Hallan para sus uñas y su pico
Estuche entre los lomos del Borrico,
Ellos querrán ahora como bobos
Comer la yerba á los señores Lobos.
Nada menos: aprendan los malditos
De las Chochaperdices ó Chorlitos,
Que sin hacer á los jumentos guerra,
Envainan sus picotes en la tierra:
Y viva todo el mundo santamente
Sin picar ni morder en lo viviente.

Necedad, disparate, impertinencia,
(Gritaba aquí y allí la concurrencia).
Haya silencio (claman), haya modo.
Alborótase todo:

Crece la confusion, la grito crece:
Por mas que el Elefante se enfurece,
Se deshizo en desórden la asamblea.
A Dios gran pensamiento, á Dios idea.

Señores animales, yo pregunto:

¿Habló el Asno tan mal en el asunto?

¿Discurrieron tal vez con mas acierto

El Elefante y Toro? No por cierto.

Pues, ¿por qué solamente al buen Pollino

Le gritan disparate, desatino?

Por que nadie en razones se paraba,

Sino en la calidad de quien hablaba.

Pues amigo Elefante, no te asombres:

Por la misma razon entre los hombres

Se desprecia una idea ventajosa.

¿Que preocupacion tan peligrosa!

FIN.

—180—
INDICE.

LIBRO PRIMERO.

FABULA I. El Asno y el Cochino.. . . .	Pág. 7
II. La Cigarra y la Hormiga.	9
III. El Muchacho y la Fortuna.	11
IV. La Codorniz.	id.
V. El Aguila y el Escarabajo.	12
VI. El Leon vencido por el Hombre.	14
VII. La Zorra y el Busto.	id.
VIII. El Raton de la corte y el del campo.	15
IX. El Herrero y el Perro.	16
X. La Zorra y la Cigüena.	17
XI. Las Moscas.	18
XII. El Leopardo y las Monas.	19
XIII. El Ciervo en la Fuente.	20
XIV. El Leon y la Zorra.	21
XV. La Cierva y el Cervato.	22
XVI. El Labrador y la Cigüena.	23
XVII. La Serpiente y la Lima.	24
XVIII. El Calvo y la Mosca.	id.
XIX. Los dos Amigos y el Oso.	25
XX. El Aguila, la Gata y la Javalina.	26

LIBRO SEGUNDO.

FABULA I. El Leon con su ejército.	28
II. La Lechera.	30
III. El Asno sesudo.	31
IV. El Zagal y las Ovejas.	33
V. La Aguila, la Corneja y la Tortuga	id.
VI. El Lobo y la Cigüena.	34
VII. El Hombre y la Culebra.	35
VIII. El Pájaro herido de una flecha.	id.
IX. El Pescador y el Pez.	36
X. El Gorrion y la Liebre.	37
XI. Júpiter y la Tortuga.	id.
XII. El Charlatan.	38
XIII. El Milano y las Palomas.	39

XIV. Las dos Ranas..	40
XV. El Parto de los Montes.	42
XVI. Las Ranas pidiendo Rey.	id.
XVII. El Asno y el Caballo.	43
XVIII. El Cordero y el Lobo.	44
XIX. Las Cabras y los Chivos.	45
XX. El Caballo y el Ciervo.	46

LIBRO TERCERO.

FABULA I. La Aguila y el Cuervo.	48
II. Los Animales con Peste.	50
III. El Milano enfermo..	51
IV. El Leon envejecido..	52
V. La Zorra y la Gallina.	53
VI. La Cierva y el Leon.	54
VII. El Leon enamorado.	55
VIII. El Congreso de los Ratones.	56
IX. El Lobo y la Oveja.	id.
X. El Hombre y la Pulga.	57
XI. El Cuervo y la Serpiente.	58
XII. El Asno y las Ranas.	id.
XIII. El Asno y el Perro.	60
XIV. El Leon y el Asno Cazando.	61
XV. El Charlatan y el Rústico.	id.

LIBRO CUARTO.

FABULA I. La Mona corrida.	63
II. El Asno y Júpiter.	64
III. El Cazador y la Perdiz.	65
IV. El Viejo y la Muerte.	66
V. El Enfermo y el Médico.	67
VI. La Zorra y las Uvas.	id.
VII. La Cierva y la Viña.	68
VIII. El Asno cargado de Reliquias.	69
IX. Los dos Machos.	70
X. El Cazador y el Perro.	id.
XI. La Tortuga y el Aguila.	71
XII. El Leon y el Raton.	72
XIII. Las Liebres y las Ranas.	73
XIV. El Gallo y el Zorro.	74

XV. El Leon y la Cabra.	75
XVI. La Acha y el Mango.	76
XVII. La Onza y los Pastores.	id.
XVIII. El Grajo vano.	77
XIX. El Hombre y la Comadreja.	78
XX. Batalla de las Comadreas y los Ratones.	79
XXI. El Leon y la Rana.	80
XXII. El Ciervo y los Bueyes.	id.
XXIII. Los Navegantes.	82
XXIV. El Torrente y el Rio.	id.
XXV. El Leon, el Lobo y la Zorra.	83

LIBRO QUINTO.

FABULA I. Los Ratones y el Gato.	86
II. El Asno y el Lobo.	87
III. El Asno y el Caballo.	88
IV. El Labrador y la Providencia.	89
V. El Asno vestido de Leon.	91
VI. La Gallina de los huevos de oro.	id.
VII. Los Cangrejos.	92
VIII. Las Ranas sedientas.	94
IX. El Cuervo y el Zorro.	95
X. Un Cojo y un Picaron.	96
XI. El Carretero y Hercules.	97
XII. La Zorra y el Chivo.	id.
XIII. El Lobo, la Zorra y el Mono Juez.	98
XIV. Los dos Gallos.	id.
XV. La Mona y la Zorra.	99
XVI. La Gata Muger.	100
XVII. La Leona y el Oso.	id.
XVIII. El Lobo y el Perro flaco.	101
XIX. La Oveja y el Ciervo.	103
XX. La Alforja.	id.
XXI. El Asno infeliz.	104
XXII. El Javalí y la Zorra.	id.
XXIII. El Perro y el Cocodrilo.	105
XXIV. La Comadreja y los Ratones.	id.
XXV. El Lobo y el Perro.	106

LIBRO SESTO.

FABULA I. El Pastor y el Filósofo.	109
--	-----

II. El Hombre y la Fantasma..	112
III. El Javalí y el Carnero..	114
IV. El Raposo, la Muger y el Gallo..	115
V. El Filósofo y el Rústico..	116
VI. La Pava y la Hormiga..	117
VII. El Enfermo y la Vision..	119
VIII. El Camello y la Pulga..	120
IX. El Cerdo, el Carnero y la Cabra..	121
X. El Leon, el Tigre y el Caminante..	122
XI. La Muerte..	123
XII. El Amor y la Locura..	124

LIBRO SÉTIMO.

FABULA 1. El Raposo enfermo..	126
II. Las exequias de la Leona..	128
III. El Poeta y la Rosa..	129
IV. El Buho y el Hombre..	130
V. La Mona..	132
VI. Esopo y un Ateniese..	id.
VII. Demetrio y Menandro..	133
VIII. Las Hormigas..	134
IX. Los Gatos escrupulosos..	135
X. El Aguila y la Asamblea de los Animales..	136
XI. La Paloma..	137
XII. El Chivo afeitado..	138

LIBRO OCTAVO.

FABULA 1. El Naufragio de Simónides..	140
II. El Filósofo y la Pulga..	142
III. El Cazador y los Conejos..	143
IV. El Filósofo y el Faisan..	145
V. El Zapatero médico..	146
VI. El Murciélago y la Comadreja..	147
VII. La Mariposa y el Caracol..	148
VIII. Los dos Titiriteros..	150
IX. El Raposo y el Perro..	152

LIBRO NOVENO.

FABULA 1. El Gato y las Aves..	154
--------------------------------	-----

II. La Danza Pastoril.	155
III. Los dos Perros.	157
IV. La Moda.	158
V. El Lobo y el Mastin.	160
VI. La Hermosa y el Espejo.	161
VII. El Viejo y el Chalan.	162
VIII. La Gata con cascabeles.	163
IX. El Buiñeñor y el Mochuelo.	165
X. El Amo y el Perro.	166
XI. Los dos Cazadores.	167
XII. El Gato y el Cazador.	168
XIII. El Pastor.	169
XIV. El Tordo flautista.	id.
XV. El Raposo y el Lobo.	170
XVI. El Ciudadano Pastor.	172
XVII. El Ladron.	175
XVIII. El Jóven Filósofo y sus Compañeros.	id.
XIX. El Elefante, el Toro, el Asno y los demas Animales.	177



Compre Vd.

lapiceros, palilleros, papel y sobres, papel de barba, pizarras, pizarrines, plumas stilográficas, bloks para notas, carpetas de cartón, cartones a todos los tamaños, sellos de cauchout y metal con la inscripción o emblema que se desee, papel de cocina, seda y crespón, cuentos para niños, hojas de construcción, pegamín, cajas de dibujo, reglas y compases, plumas, etc., etc.

LIBRERIA Y ENCUADERNACION

Saturnino Díez Alonso

Plaza Carnecerías núm. 3

LEON